

de cocos y naranjas, tasajos de carne salada, faldas blancas como la nieve y chales de color de arco iris, sombreros de paja y sandalias de cuero crudo, machetes y espuelas colgantes, las legumbres más verdes, loros, frutas en conserva, instrumentos de música, quesos, cerdos, frijoles guisados y monos. Allí se encontraban las novedades más escogidas y extrañas, amontonadas, esparcidas y revueltas.

En el rincón más fresco del cuadrilátero había un grupo de mulas en torno de un poste, al cual las habían atado de cerca por las narices. Por todas partes, echadas en el suelo o llevando de pie con paciencia sus pesados yugos, estaban las yuntas de bueyes que habían abastecido el mercado con sus géneros más escogidos. Dondequiera que se podía clavar una estaca había un gallo de pelea atado, y, a pesar de estarlo, turbaba la paz pública. Las campanas de San Rafael, donde el buen jesuita iba a predicar al anochecer, repicaban sin cesar; de vez en cuando sonaba en la puerta del cuartel la corneta, aumentando un bullicio, y a intervalos fijos tronaba el cañón del barco holandés en la rada, porque el Cónsul General de las Ciudades Anseáticas le estaba haciendo una visita oficial y en honor suyo flameaban las banderas y habían anunciado fuegos artificiales.

En medio de toda esta polvareda, de todos estos colorines y de toda esta algarabía, cerca del mercado, en el cuarto interior de una posada, estaba sentado un ciego que con sus ojos oscuros seguía vagamente el movimiento de sus manos atareados en tocar la marimba, para deleite de una rueda de gentes que lo escuchaban conteniendo el resuello.

En esa rueda apacible, más de una cabeza vivaracha y cubierta con la mantilla, tenía los ojos fijos en el nicaragüense Miguel Cruz, mientras éste tocaba las teclas de su instrumento, y las hacía sonar evocando canciones indias y españolas. Le acompañaba con la guitarra un natural de Masaya que tenía la cara pintoja.

Terminado el concierto, oculto el sol y desierta la plaza del mercado, nos retiramos al Hotel Americano, una casucha llena de polvo y manejada por un gallego enano que tenía la nariz quebrada, donde nos acostamos sobre unos camastros cubiertos de cuero, retorciéndonos y sudando la gota gorda durante toda la noche, con acompañamiento del canto de los gallos. Por la mañana nos lavamos en un lebrillo amarillo, en las gradas de la cocina, en un patio interior.

Puntarenas es el puerto principal de Costa Rica. A la verdad puede decirse que actualmente es el único. En todo caso, es el único de alguna importancia comercial. La Bahía de Salinas no es frecuentada y lo mismo sucede con el Golfo Dulce. Ambos están esperando, en su grandeza solitaria, la invasión del desierto que las rodea en muchas y muchas millas. En el Atlántico, el puerto de Matina sólo permite fondear a las embarcaciones más pequeñas; tiene tan poca profundidad y es tan desabrigado, que no admite ninguna mejora. Entre Bocas del Toro y el interior del país no hay camino de ninguna clase. No obstante ser un magnífico puerto, uno de los mejores del mundo, Costa Rica lo ha cedido por tratado de 11 de junio de 1856 a la Nueva Granada, la cual, en virtud de un mapa publicado en Madrid en 1805, lo reclama como parte de su jurisdicción. Este puerto no tiene utilidad para ninguna de las dos naciones. Desde el punto de vista de las venta-

jas positivas, el mismo resultado daría un espejismo del Sahara. El nuevo camino a Sarapiquí, hará que el puerto de San Juan del Norte preste a Costa Rica servicios supremos; pero hoy por hoy Puntarenas monopoliza el comercio del país.

Es además puerto franco, habiéndole dado el Congreso costarricense privilegio de tal por decreto de 1847, siete años después de que el Puerto de Caldera, situado tres millas al Sur, había sido abandonado. Con excepción del cognac y demás licores destilados, el tabaco y la pólvora, todos los artículos de comercio están libres de toda restricción. Siendo los artículos exceptuados monopolios del Gobierno, se depositan en almacenes públicos y no pueden enviarse al interior ni al exterior sin una licencia especial. Las municiones de guerra y las armas de fuego están sujetas a igual restricción. Por lo demás se garantiza al comercio la más completa libertad. De igual modo pueden entrar y salir los barcos, así como permanecer tanto tiempo como quieran sin la menor molestia. No hay que pagar tonelaje, ni pilotaje, ni propinas a los empleados de la aduana, ni anclaje, ni gajes a los funcionarios de la sanidad, ni otras ningunas socialías. El único gasto es el de gabarraje. Un muelle o malecón en el puerto externo, acabaría con esto.

La aduana se encuentra sesenta millas tierra adentro en La Garita de Río Grande, en la parte baja de la falda de una barranca negra. Allí se cobran los derechos sobre las mercaderías y desde ese único punto penetran a las villas, aldeas y otros lugares habitados del país. Entre dicho lugar y Punta Arenas se extiende un vasto desierto. Las aldeas de Esparta, San Mateo y Atenas, no turban la soledad. De un modo u otro, no es sino después de que desaparece tras él la aduana de La Garita, en la garganta del Río Grande, cuando el importador encuentra un mercado que merezca el nombre de tal. Allí tienen a Alajuela, a Heredia más allá, a San José más lejos aún, y a Cartago, con su aristocracia y sus ruinas, la rival inveterada de San José, del otro lado de las cordilleras.

Además de puerto franco Punta Arenas es un balneario elegante: el Newport de Costa Rica. La estación empieza en enero y termina en marzo. Las primeras familias del país tienen allí sus casetas de baños, sus guisados de ostras, sus quintas particulares, sus paseos campestres y sus fandangos. El Golfo de Nicoya abunda en ostras de un sabor delicioso, abunda en camarones y langostas, abunda en peces de diferentes clases, todo de la mejor calidad. Las madreperlas del Golfo son famosas por su tamaño y belleza. A ellas se refirió brillantemente el General Morazán en el espléndido desafío que lanzó en 1839 a los serviles de Guatemala: "Ni las perlas del Golfo de Nicoya, ni el oro de Guayapé volverán a adornar la corona del marqués de Aycinena, este símbolo horroroso de la aristocracia."

También es notable Punta Arenas por su agua excelente, que brota del fondo de los pozos a pocos pies de profundidad. El clima es asimismo saludable a pesar del calor, cuya intensidad puede inferirse de la circunstancia de haber permanecido el termómetro a 90 grados F. a la sombra, el día que llegamos.

En un bosquejo de Costa Rica, Mr. Squier, citando la opinión del Capitán Lepalín de la armada francesa, se muestra rehacio a conceder a Punta Arenas ninguna mayor salubridad que la que le impide ser positivamente fa-

tal para la vida humana. El señor Felipe Molina sostiene, sin embargo, que Punta Arenas se distingue por su salubridad, la pureza de su atmósfera y su perfecta exención de influencias miasmáticas, circunstancias que resultan, como él lo hace notar con justicia, de su situación peninsular y de la calidad del suelo. La opinión general del país confirma la idea más favorable y de acuerdo con ella se manifiestan sin titubear los extranjeros residentes en Costa Rica.

Pero hay más todavía. Punta Arenas se envanece de otra cosa. Un Ferrocarril lo atraviesa y llega hasta la margen izquierda del río Barranca. Es un ferrocarril de nueve millas de largo. Construido por un grupo de especuladores ingleses, con un costo de \$ 80.000.00 y la ilusión de que iba a llevar a la Barranca y a traer de allí todas las mercaderías que van para el interior y la capital y las que de esos lugares proceden, el día que lo concluyeron despertaron de sus sueños para darse cuenta de que a fin de que pagase esta especulación, era preciso cobrar por un quintal de café, en las nueve millas de ferrocarril, casi tanto como cuesta o podría costar el transporte total en carreta de bueyes o a lomo de mula. De suerte que esta es una empresa en la que se va perdiendo, si no es ya, a la hora actual, una suma irreparable. Nadie hace uso de ella, a no ser los cojos, los perezosos, los enfermos y los ciegos. Una mula infeliz hace las veces de locomotora y es en verdad cosa triste ver a este animal sumiso arrastrando sobre la arena un vehículo vacío y con dos docenas de ventanillas, a lo largo de nueve millas y a una velocidad de dos por hora.

En la tarde del día siguiente al de nuestra llegada de Panamá, salimos para las montañas. Una hora de animado galope por la playa que une a la villa de Punta Arenas con la tierra firme, nos llevó a la Chacarita, puesto avanzado de la aduana de La Garita. Allí es donde se registran y pesan todas las mercaderías extranjeras destinadas a cualquier punto situado entre el puerto y La Garita, y se pagan los derechos. Este puesto avanzado consiste en una barraca espaciosa, construida de bambú y cañas, con un platanar y un gallinero. Al acercarnos a caballo al interior de la barraca llena de humo, vimos al inspector de aduanas con un cabo de puro en los labios plácidos, meciéndose serenamente en mangas de camisa en su hamaca de cabuya. Convencido de que las mantas azules de California sujetas a nuestras sillas sólo contenían una mudada de ropa blanca, el calmoso inspector, sin levantarse de la hamaca y con un gesto amable de su mano descolorida, nos manifestó que podíamos seguir nuestro camino. Un momento después estábamos en el corazón de la selva.

Allí y en todas sus variedades, teníamos la palmera, esa princesa del reino vegetal como la llamó Linneo, agitando siempre sus ramas que parecían plumas y recordándonos tantas escenas bíblicas de belleza, de fiesta y de triunfo; tantas escenas de esperanza y de socorro en el desierto, de vida en medio de la muerte; la palmera que, como lo atestiguan en sagrados muros muchas esculturas y pinturas vívidas, llegó a ser el emblema del martirio por la fe en las épocas rojas de la cristiandad. Allí estaba la ceiba o árbol de algodón sedoso, cuyo tronco alcanza tales dimensiones que en él se cavan las canoas más grandes, a la vez que Sir Amyas Leigh, el bucanero romántico, lo compara con un faro, tan liso, redondo y elevado es. Millares de aves canoras hacen en él sus nidos, en tanto que en las ramas altas, a las



Centenares de carretas que acarreaban de 800 a 1000 libras de café, rodaban por la carretera llevando el grano de oro a Puntarenas.

que han trepado en busca de luz y aire, las begonias encarnadas, amarillas y rojas cuelgan en trenzas y guirnaldas exuberantes. Allí estaba el matapalo o higuera silvestre esparciendo sus tallos largos, tiernos y flexibles sobre los árboles de los contornos, en busca de algún sostén provisional, y una vez encontrado éste y adquirida la necesaria fuerza para mantenerse por sí solo, envolviendo y matando a su protector con abrazos de serpiente.

Estaban allí también varias especies de acacias, como el guanacaste y el cenizaro, cuyos follajes delicados y plumosos se mezclaban y combinaban con los azahares y las grandes hojas lanceoladas del quino. Luego teníamos los cactus parásitos en variedades infinitas, con sus flores de color de rosa, violeta y crema, llenando el aire dorado de las más ricas fragancias. Una selva profunda, solemne, bella y magestuosa; una de las vastas catedrales de la naturaleza; una catedral edificada con materiales vivos, florecientes, fructíferos, imperecederos; imperecederos porque se renuevan perpetuamente y para los cuales el oro del Sacramento no es más que el polvo del camino y los mármoles de Carrara sólo son símbolos de la muerte; una catedral por entre cuyas complejas naves laterales retoza la luz de los cielos, coloreada por millares de matices intermedios, de día y de noche y siempre, con esplendor de infinita variedad, como no podría hacerlo a través de un vitrial de colores, por maravillosa que fuese su magia; una catedral sembrada de pilares, dividida por arcos como no pudieron construirlos, fabricarlos, ni siquiera planearlos en los más divinos de sus ensueños, Zwirner de Colonia ni Angelo de Roma, con todo su genio, con todo su poder, con todos los recursos de que disponían gracias al patrocinio de reyes y de pontífices.

En medio de todo esto, haciendo eses entre la confusión de este soberbio laberinto, centenares de carretas ruedan en los meses de febrero y marzo. Las anchas hojas relucientes del espavel sombrean la frente de los soberbios bueyes. Vienen de Cartago, de San José, de la gran hacienda "La Pacífica" que está en el valle del Tiribí, a la sombra de las montañas de San Miguel; de las altiplanicies situadas más allá de las ruinas de Ujarraz y frente a las cataratas de los berbis salvajes; bajan miles de pies para llegar a esta selva y serpentéan hasta Punta Arenas, el puerto en que se embarca toda la cosecha de café de Costa Rica para Europa y los Estados Unidos, con excepción de algunos sacos que salen por Sarapiquí y de allí al Atlántico.

Las carretas son vehículos toscos. Un timón sale de un bastidor cuadrilongo, debajo del cual hay un eje empernado. Las extremidades del eje sobresalen por entre discos o ruedas de cedro sólidas, de cuatro o cinco pies de diámetro; las llantas tienen un ancho de cuatro pulgadas. Entre una rueda y otra hay una armazón de cañas que sostiene un cuero de buey sin curtir, que sirve de toldo. Una carreta fabricada de este modo, vale de \$ 25.00 a \$ 30.00. La yunta de bueyes cuesta generalmente de \$ 75.00 a \$ 80.00. El café descansa sobre la plataforma o fondo de una carreta, cosido en sacos de algodón blanco ordinario.

Una de estas carretas puede acarrear de 800 a 1000 libras de café. El flete vale muy poco menos de 75 centavos por cada 100 libras. Encima de los sacos hay otro pellejo sujeto con correas, también de cuero, en tanto que por fuera bailan una olla de hierro, una calabaza para llevar agua y otros utensilios que se usan en el camino. A menudo sorprende el viajero, asomando por debajo del toldo de cuero, los ojos negros y brillantes y los labios de rubí de alguna hija bronceada de las montañas.

Porque en muchos casos las esposas y las hijas de los carreteros acompañan el café al puerto. Resultan sociables y sumamente útiles en el largo viaje de seis días cuando menos. Muelen el maíz de las tortillas, guisan los frijoles, rebanan los plátanos y los frien, manejan el hilo y la aguja, proveen de agua y zacate a los bueyes y dan pruebas de ser, de varios modos, las

más cariñosas auxiliares y proveedoras de confort de los honrados sujetos que caminan trabajosamente a pie y guían sus dóciles yuntas con el chuzo, su ligera vara con punta de acero.

Estos carreteros desempeñan el trabajo más duro con maravillosa resistencia, agilidad y brío. Desde el principio hasta el fin de la jornada prosiguen resueltamente su camino descalzos, con sus ropas desastradas, a merced del tiempo variable, unas veces agobiados y sudando a mares en pleno sol, otras calados por la lluvia o estremecidos por la densa humedad con que lo mismo de noche que a medio día o al anochecer los envuelven las tierras bajas y las selvas profundas; ligeros de piernas, pacientes, robustos, activos, intrépidos, afables y corteses, leales para con quien en ellos depositó su confianza, prosiguen resueltamente su camino en medio de todas las vicisitudes que la Providencia les depara y contra viento y marea. He aquí la industria de la libertad. He aquí el heroísmo inofensivo de la industria honrada. No hay trompetas para proclamarlos, ni más arcos triunfales para marcar sus progresos, que los que la mano de Dios ha puesto en los senderos de la selva. La conciencia de hacer lo que es justo, de prestar al hogar y a la nación el servicio que les es debido, vivifica e ilustra ese heroísmo, y los ángeles que velaban sobre los pastores que en las verdes soledades de Bethlehem cuidaban de sus rebaños, son testigos invisibles y cronistas de su gloria.

Cerró la noche sobre este cuadro. Cayó una lluvia fuerte. A través del gran murmullo del río de la Barranca y al vadearlo nosotros en pos de tres carretas que subían las montañas; por entre el golpeteo y el salpique de la lluvia y la música lúgubre de las ranas que se balanceaban de un lado a otro y del estremecimiento de las hojas, nos llegó el coro de los monos aulladores, de los congos, cuyas notas profundas y guturales, que despiertan el eco en las selvas a millas de distancia, predicen la tempestad inevitable, y, cuando llega ésta, aumentan las congojas del momento.

El desarrollo extraordinario de la laringe de estos monos imparte a su voz una profundidad y un volumen iguales a las del cuadrúpedo de mayor tamaño, tal vez con la única excepción de la del león. Todas las mañanas y todas las tardes y siempre que amenaza la lluvia, manadas de estos araguatos se reúnen en las copas de los árboles más altos, en las selvas más solitarias y emmarañadas y entronizados allí desgarran el aire con sus sonidos lúgubres. Uno de ellos asume invariablemente la dirección del coro, después de lo cual todos los demás continúan en crescendo y tono más alto hasta que la música monstruosa se calma por agotamiento completo al parecer. En una mañana clara y brillante, el alarido de los araguatos se puede oír muy claramente a dos millas de distancia, y Humboldt opina que puede percibirse a una tercera parte más durante la noche, especialmente cuando el tiempo está nublado, caliente y húmedo.

Sin embargo, ni la noche, ni los ríos torrenciales que tuvimos que vadear a la zaga de las carretas que regresaban, ni la lluvia que nos azotaba, ni los aullidos aterradores de los monos, ni las mulas económicamente alimentadas por sus ladinos propietarios, rendidas, dando tropiezos y que por último nos vimos obligados a llevar del diestro con el barro a las rodillas; nada de todo esto—y había lo bastante para sacar de sus casillas al santo más manso—nos impidió llegar a una hora razonable a la villa o aldea de Esparza.

El ladrido de los perros, el canto de los gallos, el brillo de pequeños

cristales en la oscuridad de la noche, el tañido de una guitarra en una puerta abierta y una fila de botellas verdosas que relumbraban a lo largo de un estante arrimado a la pared encalada, frente a esa misma puerta; las piedras redondas del rudo pavimento lleno de huecos y montículos, áspero y duro, sobre el cual pasaban ágilmente las mulas pisando como si se sintiesen seguras, pero con tropiezos y resbalones de vez en cuando; mujeres con la cabeza, el cuello y los brazos descubiertos, sentadas en el umbral de las puertas y que fumigaban suavemente la calle angosta con el humo de sus cigarros, expresando su sorpresa y haciendo conjeturas cuando pasábamos frente a ellas; un campanario que se parecía extraordinariamente a un tanque de agua montado en dos pares de zancos toscos, al costado de una iglesia espaciosa cuya fachada blanca de cal, como la de todas las casas, tenía un aspecto cadavérico bajo la sonrisa enfermiza de la luna; luego un gran espacio abierto y orlado de naranjos que Anselmo, nuestro guía, nos dijo ser la plaza: estos fueron los ruidos y las cosas que placenteramente nos manifestaron que habíamos llegado a nuestro campamento nocturno.

Atravesando la plaza desmontamos en el portón de un patio en que había una muchedumbre de mulas, de carretas de café, de bueyes, de perros y carreteros. Todas las voces suaves que al acercarnos a Esparza nos habían saludado, acompañándonos a través de la ciudad, parecían haberse concentrado en este patio. Era la caballeriza de la mejor taberna de la plaza. Anselmo llamó al portón con una piedra, exclamando con fuerza: "Abra la puerta; somos amigos, señor." Apareció el propietario del establecimiento, un caballero tranquilo, silencioso y de ademán pausado. Nos dió la bienvenida con lentitud, invitándonos a pasar adelante.

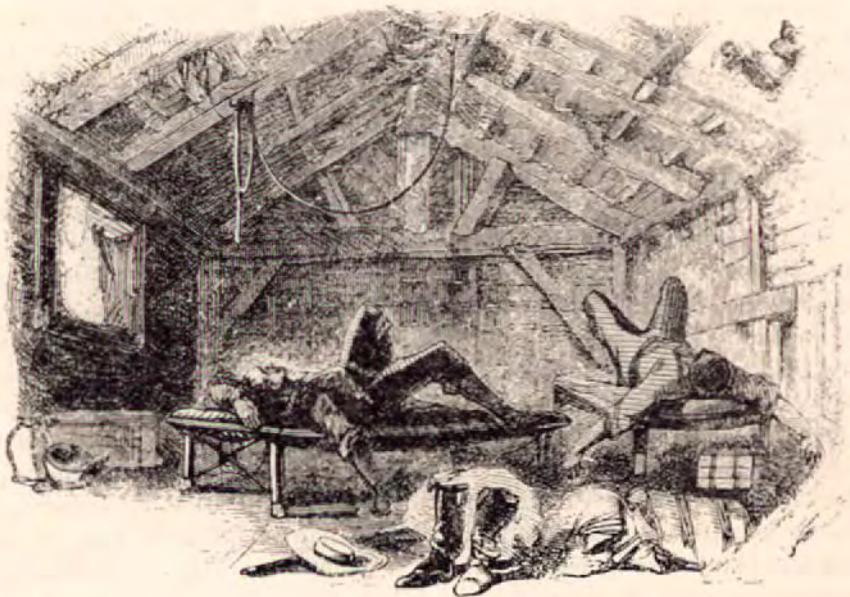
Siguiéndole en la oscuridad y dejando a Anselmo para que cuidase de las mulas, llegamos a una habitación muy alta y sin cielo raso. Había en ella una mesa de cedro en cuyo centro, metida en un candelero de hojalata, ardía y humeaba una vela de sebo. La llama amarilla parecía vagar tristemente por el cuarto en busca de algo con qué entretenerse. Las paredes estaban encaladas—en Costa Rica lo están todas—y la llama podría haberse entretenido con ellas; pero era demasiado débil para llegar hasta allí. En una esquina estaba un armarito para libros, con puertas de vidrio y pintado de rojo. Un rayo de luz desprendido de la vela habría mejorado su aspecto. Tal como estaba parecía un ataúd con tapa de cristal y se diría que la llama se apartaba de él, por temor de apagarse si lo tocaba. En la esquina opuesta había un sofá sembrado de púas, cuyo relleno se escapaba por los brazos; la ratina carmesí que lo cubría, manchada y rota, se estaba cayendo a pedazos. Aquel alto cuarto así alumbrado y alhajado era la sala de recibo, el salón de las señoras, la sala de juego y el comedor de la posada principal de Esparza. Una copa de aguardiente exquisito, la seguridad de tener una cena caliente y el alegre advenimiento de otra vela, nos reconciliaron en pocos minutos con él. En menos de veinte ya nos sentimos enteramente como en nuestra casa. Antes de que pasase una hora y bajo las brillantes influencias de la fiesta, las paredes blancas se hicieron floridas, el armario de libros relumbraba como si estuviese atestado de joyas, el sofá se hizo blando y se cubrió de terciopelo, y de la caballeriza, en vez de la discordia tormentosa, brotaban las más apacibles armonías y los perfumes más suaves.

El propietario nos acompañó a cenar. Era un natural de Rivas de Nicaragua y tenía el grado de teniente coronel del ejército de esa República durante la guerra de los filibusteros. Grave al principio el teniente coronel José Guerrero no tardó en hacerse comunicativo. Los informes y las opiniones que nos dió acerca de Esparza fueron emitidas con franqueza, pero serenamente. No había en ella guarnición; un solo hombre, el alcalde, estaba investido en el pueblo de todas las funciones militares y civiles; el alcalde era activo, progresista, honrado; pero las gentes de Esparza eran de una pereza pecaminosa; eran ciertamente pacíficas e inofensivas, pero esto se debía a su mucha flojedad; apenas si tenían ánimo bastante para ir a misa, batir una jícara de tiste y fumar un cigarro puro.

En Esparza—añadió—no hubo más que un ciudadano que fuese como voluntario a la guerra de Nicaragua, uno solo, y volvió sin haber peleado, ni siquiera haber visto una pelea.

Llegó la media noche antes de que nos fuésemos a la cama. Palideció la media noche antes de que se desvanecieran los dorados tapices del comedor, el sofá cubierto de terciopelo, la caja de joyas de cristal y lo demás del hechizo. Hacía más de una hora que la media noche estaba sepultada cuando nos vimos en el dormitorio del ventorro de José Guerrero, en medio del cuarto, tendidos en camastros cubiertos de cuero de buey, con los ojos atentamente fijos en las negras y desnudas vigas, las tejas, los huecos y telarañas del techo. Desde que nos acostamos hasta que nos levantamos, pasaron cuatro horas de dolores y agonías. Nos tocó en suerte un doble castigo. Debajo teníamos la parrilla de San Lorenzo y por todos lados las molestias de San Antonio sin las tentaciones.

Parecía que todas las plagas de los trópicos hubiesen acudido aquella noche a Esparza a la voz de alguna bruja tan ponzoñosa como Alecto. Nubes



En la posada de Esparta, los viajeros se tendían sobre camastros cubiertos de cuero de buey.

de mosquitos, pulgas a millones, perros sarnosos y hostigados por el hambre, gallos de pelea en estacas por todas partes y, en muchas millas a la redonda, desafiando a todo vicho viviente a que les hiciese callar, carreteros con sus carretas toscas que entraban a la población o salían de ella rodando con estruendo, gritando como si hubiera un incendio o los filibusteros hubiesen hecho irrupción en el pueblo. Estas fueron algunas de las torturas que tuvimos que soportar con la más aguda sensibilidad, tendidos en un cuero de buey.

Con todo, Esparza merece que se la mencione con más reverencia. Es una de las ciudades más antiguas de la América española. Cristóbal Colón entró en Bocas del Toro en el mes de octubre de 1502. Doce años después fueron echados los fundamentos de esta ciudad dedicada al Espíritu Santo, en medio de los naranjales y de los campos de palmeras de vino (coyoles) que dan sombra a la primera altiplanicie a que llegamos en nuestra subida al valle de San José.

En 1670 la tomó y saqueó una partida de merodeadores franceses. En 1685 le fue asestado un golpe más mortal aún por una gavilla de salteadores ingleses a las órdenes de un asesino llamado Sharp, los cuales cayeron sobre la preciosa y pequeña ciudad, la incendiaron, saqueándola de cabo a rabo, y en seguida se largaron llevándose varios prisioneros, hombres y mujeres, que después pusieron en libertad mediante un rescate de mil pesos. Desde entonces nunca ha levantado cabeza. Muchos de sus habitantes huyeron a las llanuras de Bagaces, en la Provincia de Guanacaste, en tanto que otros se conjetura que cruzaron las montañas hacia el norte y descendieron al valle misterioso del Río Frío.

Verdad es que tiene el aspecto de una aldea desierta; pero no el de un lugar despoblado por la violencia, sino el de uno que hubiese muerto tranquilamente. Ningunas ruinas refieren la historia de su infortunio. En su pavimento no se descubren ningunas huellas de pies estampadas con sangre. En aquellos climas la Naturaleza cicatriza pronto las heridas que hacen la espada y la tea. El desierto aterrador de hoy será el jardín florido de mañana. Así ha pasado con Esparza, y así es. Ahora está preciosa, a pesar de todo lo que padeció y de todo lo que ha perdido. Tiene fragantes naranjales, potreros con ganados, filas de casas limpias y blancas; dentro de sus muros, huertos llenos de variadas frutas, flores y arbustos; fuera de ellos las tierras más ricas que es posible imaginar, cubiertas de bosques o descampadas, capaces todas de producir profusamente cacao, azúcar, añil y algodón. Sin embargo, esas tierras están lejos de ser cultivadas como debieran estarlo. Los pocos cañaverales que aquí y allá siembran en ellas, tan sólo se emplean como pasto, y los demás productos enumerados, faltan por completo. En general, las apariencias justifican lo que José Guerrero, el militar nicaragüense, nos manifestó en la cena acerca de la inercia de las gentes de Esparza. Si tal cosa fuera cierta, difieren profundamente del resto de la población de Costa Rica. La industria, la actividad, la inteligencia viva, el deseo de ponerse en condiciones de independencia y las artes honradas mediante las cuales se llega a la realización de este deseo: tales fueron las grandes características del país que en todas partes nos llantaron la atención.

Una hora después del amanecer cabalgábamos de nuevo por la carretera que conduce a San José.



Anselmo, el guía, se mantuvo a retaguardia durante la mayor parte del viaje, y haciendo caso omiso de los calcetines, se sostenía en los estribos con los dedos de los pies.

Habiendo pasado el puente de las Damas, puente de maciza mampostería, de un solo arco y tendido a una altura inquietante sobre las negras aguas del Jesús María, que allí corren por un precipicio de cuyas grietas abiertas en los potentes muros brotan los más lucientes laureles y otros arbustos en ramilletes deslumbrantes, y caminando toda la mañana por la selva al paso de andadura o al galope, llegamos por último a la venta de San Mateo, situada a la orilla del camino. Anselmo, nuestro guía, llegó allí antes que nosotros, porque nos quedamos pereciendo en la finca de Las Ramadas para charlar con una tropa de gitanos que estaban almorzando debajo de un magnífico guapinol, cuyas ramas cubiertas de tupido follaje se extendían por todos lados a una altura de cuarenta pies sobre el campamento.

Anselmo era un muchacho silencioso y de sangre india. Su ancha cara, profundamente picada de viruelas, tenía el color de una castaña madura y una expresión meditabunda y adusta. Vestía unos pantalones blancos a cuadros, un escapulario pardo y una camisa encarnada a cuadros. En los desnudos talones ostentaba un par de espuelas, cuyos rodajes tenían la forma y el tamaño de estrellas de mar. Despaciosos, igualmente insensible al polvo, a la belleza, al barro colorado y a las empinadas cuestas del camino, con una de nuestras escopetas a las espaldas y por delante unos pocos y necesarios obje-

tos de tocador envueltos en un saco de café, Anselmo, haciendo caso omiso de los calcetines, se sostenía en los estribos con los dedos de los pies. Durante la mayor parte del viaje se mantuvo a retaguardia. Siendo el piloto de la caravana, se sentaba en la popa y guiaba desde atrás. Tal es la costumbre del país. El guía camina rara vez adelante, a menudo está fuera del alcance de la vista, nunca lo está al de la voz.

Bajo unos mangos que parecían cúpulas, debajo del más fresco y de más sombra, Anselmo quitó a las mulas las cinchas y las baticolas y les dió agua, maíz y zacate. El cuarto donde almorzamos tenía un piso de ladrillos y era de madera de cedro. Esto suena bien; pero el cedro es barato en Costa Rica y en casas como la venta de San Mateo no tiene barniz. El almuerzo consistió en huevos frescos, lengua fresca de vaca, una taza de café amargo, un platillo lleno de jocotes, o ciruelas de puerco, y la acostumbrada ración de tortilla, los inevitables comodines en las Américas del Sur y del Centro. Se sentó con nosotros a la mesa un oficial del ejército costarricense. Se dirigía a San José, procedente de Nicaragua, con pliegos para su Gobierno. El *San Carlos*, uno de los vapores tomados a los filibusteros y que llevaba bandera costarricense en el lago de Nicaragua, había encallado. El oficial vino por el camino de Guanacaste y desde hacía ocho días estaba en la silla de montar. Era un caballero modesto, inteligente, de cara blanca y suave, con finas patillas. Sumamente valiente, había peleado en Rivas, en Masaya, en San Jorge, durante toda la guerra de Nicaragua, y al terminar ésta, fue honrado con el mando de las tropas que estaban a bordo del vapor que acababa de perderse. En el hombro derecho traía una faja verde y ancha en pésimo estado, de la que sostenida por un gancho colgaba una cantina de hojalata. Debajo de la faja estaba su levita azul, que tenía necesidad de una buena sacudida. Su espada, metida en una vaina de acero que le azotaba los talones, habría brillado tanto más con un poco de aceite y polvo de ladrillo. Habiendo almorzado de prisa y encendido un puro, montó en su mula blanca y con la grandiosidad de un paladín saludó airosamente con el sombrero parduzco; luego, lanzándose por el portón, desapareció monte arriba. Monte arriba. En efecto, la sombra del Aguacate caía sobre nosotros. A la altura en que nos encontrábamos, en medio de los mangos de la sierra de San Mateo, esa montaña magnífica se erguía a cuatro mil pies de altura entre nosotros y el sol.

Altiva, opulenta y soberbia, los barrancos y los valles situados a una profundidad de dos mil pies, no son ante su esplendor sino confusas grietas postradas a sus plantas, y la selva de que ya hemos hablado, la que se extiende desde la Chacarita y la Barranca, tan sólo semeja un tranquilo matorral que florece y dormita en una bruma argentina. Altiva, opulenta y soberbia, es una masa enorme de oro y plata; "hasta el polvo en que nuestras cabalgaduras ponían los cascos—escribe John L. Stephens—contenía ese tesoro por el cual el hombre abandona sus afectos, el hogar y la patria". Ha hecho la fortuna de más de un especulador audaz; ha convertido en millonarios a hombres como Espinach de Cartago, y Montealegre de San José; invita todavía a los capitalistas de dentro y fuera del país y promete un resultado sin fin y de incalculable valor a la mano invencible de la ciencia, que llama a sus puertas para penetrar en sus escondrijos con la infalible antorcha que tantos misterios de la Naturaleza ha divulgado ya. Altiva, opulenta y soberbia, desde la base hasta la cumbre, es un conjunto de la mayor parte de las riquezas.

de las maravillas, de los terrenos, de las dulzuras y de la magnificencia de la tierra.

El verano de los trópicos y la primavera de la zona templada dividen en iguales partes la montaña imperial y en ella reinan perpetuamente, el uno abajo y el otro arriba. Ambos tienen su corte de flores, árboles, pájaros y reptiles; ambos su prole selvática; ambos sus armonías y sus tesoros apropiados. El águila blanca hace en ella su nido; el café silvestre la embalsama con su exquisito y suave perfume; los cedros que la coronan vibran con los repiques del pájaro campana; legiones de monos se mecen en los cocoteros silvestres que nacen en sus faldas; serpientes como la sabanera, que tiene veinte y treinta pies de largo, se deslizan en la sombra de sus malezas; el tigre flexible goza de la silenciosa seguridad que le brindan sus baluartes de intrincados bejucos; millones de colibríes—esos fragmentos de arco iris, como los llamó Audubon—revolotean y zumban en el follaje, en tanto que el rey de los zopilotes, con su magnífica cresta negra y anaranjada, el reconocido jefe de los más voraces piratas de los muertos, posee en ella su palacio de roble y se cierne por encima de todos los demás.

A medio camino de esta montaña, en un lugar llamado El Desmonte y mirando hacia atrás, surgió ante nosotros una visión indescriptible de sosiego y grandiosidad. El Golfo de Nicoya—una cuerda de plata tendida en el horizonte—parecía vibrar con nunca escuchada melodía, y los barcos que habíamos dejado en Puntarenas semejaban aves marinas posadas en él. Entre el Golfo y la Península de Nicoya se extendía una sierra no interrumpida de nubes. Más allá de esta sierra estaban las montañas de oscura púrpura de la península. ¡Era una procesión fúnebre mirando desde lo alto la comitiva de una boda. A la izquierda, las montañas que hasta allí habían limitado el camino como una pared, se apartaron súbitamente y se abrió una vasta y abrupta barranca. Al través de la cabecera de esta barranca se alzó un muro de cerros áridos y de color pardo amarillento; más allá y muy por encima de ellos, irguiéndose entre las nubes blancas que flotaban entre él y el sol—la corona de gloria a que aspiraba—a una altura de 11.500 pies sobre el nivel del mar, se erguía el volcán de San Pablo. (Esto es un error del señor Meagher, pues el cerro de San Pablo o Turrubares no es volcán ni tiene esa altura).

Esta decoración no faltaba nunca en el escenario. Cuando penetramos en el Golfo de Nicoya, al amanecer, allí estaba el volcán saludándonos con voz de trueno, como guardián ciclópeo de la entrada. El día entero, ya estuviésemos con los tobillos metidos en la arena candente o jadeando en alguna tosca galería, lo miramos desde Punta Arenas—esa ciudad sofocante situada en una llanura incendiada—suspirando por los vientos y la lluvia que desde hace largo tiempo han enfriado su cabeza ardiente, porque es un volcán extinto. Apenas nos habíamos alejado una milla de los techos de tejas coloradas de Esparza, surgió de la bruma matutina, ese centinela de la noche, siempre alerta, hermoso y potente como cuando en torno suyo habían cerrado las tinieblas. Nos volvimos para mirarlo a lo largo de todo el camino de San Mateo y desde mucho más lejos aún; desde las cercas de eritrinas entrelazadas como cactus y piñuelas y los cañaverales y dehesas a que sirven de vallas; con motivo de los diversos incidentes y escenas del camino; al encontrarnos con carretas cargadas de café, como las que habíamos visto la noche anterior en la selva; desde las espaciosas casas de las haciendas con sus paredes en-

caladas y amplios corrales; al toparnos con parejas de amantes cómodamente sentados en la tosca silla, llevando el caballero a la señorita por delante, arreglo más agradable que el acostumbrado en países más viejos, cuando era de moda llevar a las damas a la grupa; al tropezar con arrias de mulas soñolientas, cargadas de zurrone de cacao de Nicaragua, haciendo sonar sus cencerros a medida que caminaban pacientemente precediendo a sus amos que nos hacían un saludo afable y atractivo, cuando les pasábamos delante; al aparecer un grupo de gentes ojinegras que se desayunaban debajo de algún algarrobo altísimo, en tanto que de la olla de hierro salía un fragante vaho de frijoles hirvientes, mientras los bueyes desuncidos mascaban cogollos de caña de azúcar fuera del círculo doméstico, y perros de mala medra, atados a postes separados más allá del campamento, mostraban los dientes y gruñían a los extranjeros que pasaban; desde la rústica cruz plantada en el sitio donde había ocurrido algún hecho de sangre, habían fusilado un criminal o había muerto alguno repentinamente; desde estos diversos puntos y con motivo de variados incidentes de la jornada, nos volvimos infinitas veces para mirar el San Pablo a lo largo de todo el camino de San Mateo y desde mucho más lejos



El Cerro de Turrubares, que el autor llama volcán de San Pablo y que se distingue perfectamente durante casi toda la travesía.



No era extraño encontrar en el camino parejas de amantes cómodamente sentados en la tosca silla, llevando el caballero a la señorita por delante, arreglo más agradable que el acostumbrado en otras partes, cuando era de moda llevar las damas a la grupa.

aún. Y allí, en ese sitio llamado El Desmonte, desde aquel punto culminante, teniendo debajo de nosotros aquella vasta barranca en que podía sepultarse el Castkill y de por medio una sierra más baja y muy abierta, como para descubrirlo en toda su magnitud y la totalidad de su magnificencia, el San Pablo, centinela eterno de la República, aplastando a todos sus rivales y con sublimidad suprema, se arrogaba en el espectáculo el puesto de vencedor.

Habíamos dejado El Desmonte un poco más de dos leguas atrás, cuando un chaparrón negro y fuerte nos cayó encima. Dichosamente había una casa muy cerca, una de las que ha edificado el Gobierno en varios puntos entre Punta Arenas y San José, para comodidad de los empleados que cuidan el camino, y en ella nos guarecimos, si es que puede decirse que uno se guarece metiéndose debajo de un paraguas que sólo tiene el palo y algunas varillas para preservar de la lluvia. Un hombre viejo, pálido y de cabellos grises, con los pies hundidos en el barro que servía de piso, modelaba una tortilla cuando entramos, en tanto que un niño vivaracho y hermoso, el Julo de este Eneas abrumado de pesares, se plantó en actitud agresiva entre el maíz y el ave de rapiña que amenazaba este sostén de la vida. En todo el camino nos llamó grandemente la atención la viva inteligencia, la actividad, la intrepidez, el semblante despierto y la gentileza de los muchachos costarricenses. Muchos de ellos guiaban las carretas cargadas de café, tropezando alegremente al lado de los bueyes corpulentos, por muy áspero y resbaladizo que estuviese el

camino, y llevando la yunta con la destreza de carreteros avezados por los peores desfiladeros, las cuestas más escarpadas, los recodos más estrechos; venciendo con experta y valiente sagacidad todas las dificultades de la jornada. A veces relevaban galantemente a los hombres viejos, que venían desocupados detrás de las carretas, a pie o en mula, o dormidos dentro de ellas sobre los sacos de café, en tanto que los chicos blandían el chuzo, el cetro del camino. Y no era tan sólo a lo largo de esta carretera ni en este trabajo opresor que se portaban con tanto lucimiento. En todo el país, en los campos, en el mercado, en la selva, en medio de la más afanada muchedumbre, en la soledad más completa, en todas partes eran los mismos muchachos despiertos, expeditos, arrojados, incansables. Son para el país una fuente de salud y una corona de joyas que no tiene precio.

Subiendo trabajosamente el Aguacate; creyendo, al acercarnos a cada revuelta del camino que era la última y, al llegar a ella, viendo que había otra más allá, juego de Tántalo que duró más de una hora y que a cada recodo se hacía más y más pesado, hasta que por fin casi nos desmayamos con la tortura; subiendo siempre trabajosamente el Aguacate, teniendo a menudo que pegarnos a la escarpada roca para dejar pasar un tren de carretas cargadas de café, cerró la noche. A partir de ese momento seguimos viajando por entre nubes.

Al salir de ellas nos encontramos en la villa de Atenas, muy lejos del Aguacate; villa de la más estricta sencillez republicana, agrupación escasa de chozas modestas, en la que si no se percibían los más divinos atributos de Minerva, era evidente que reinaba la tranquila gravedad de su ave favorita.

En Atenas nos hospedamos en la posada a que dimos el nombre de Pericles en honor de sus recursos y refinamiento. La casa de Pericles tenía un techo en punta de altura pasmosa, cubierto de hojas de plátano y maíz. El interior estaba alhajado con tres catres de tijera cubiertos de lona, un San Francisco de Asís de talla, una vela que chorreaba metida en el gollete de una botella, tres niños desnudos y pulgas a millones.

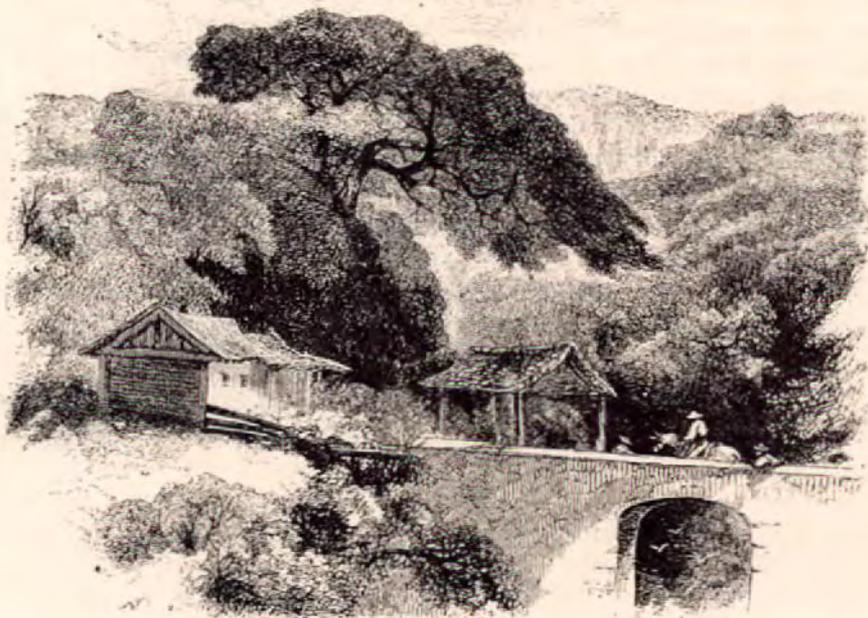
El mismo Pericles, el propietario de la posada, era el más suave de los truhanes. No por cierto en la apariencia, porque tenía una cara toda salpicada de algo que parecía mostaza, una cabeza como un coco y unos dientes en número deficiente y que habían perdido el esmalte; pero en la voz, la manera de andar, los sentimientos, en todo aquello que distingue al erudito, al hortelano, al ciudadano y al caballero, nadie podía ser más suave. Era el Pericles de Plutarco. Juremos por los dorados saltamontes de la dulce Atica, que era mejor todavía. En efecto, desde el primer momento asintió en que se tomase en consideración un argumento contra el hecho de suministrar a sus huéspedes una botella de coñac, alegando que costaba demasiado caro, observación que rara vez o nunca hacen sus colegas de Nueva York ni de ninguna otra parte; se mostró muy franco al convenir en que las pulgas podían molestarnos durante la noche, y en que los cerdos, que lo mismo circulaban en el dormitorio que por la cocina, infestaban la casa de niguas; y luego, cuando nos tendimos sobre los catrezuelos, cubriéndonos con las mantas verdes y rojas, cerró con tanta ternura las cortinillas de zaraza ordinaria, dándonos las buenas noches con tal suavidad, que parecía tener al mismo tiempo—y así lo dijo don Ramón a la mañana siguiente—la gentileza de Alcibiades y la bondad de Sócrates, unidas a los recursos principescos de Pericles.

Pero aquella noche fue de indecible tortura. Peor, infinitamente peor que la que pasamos en Esparza. Las pulgas se apoderaron de la casa en punzante mayoría. Una minoría de dos, compuesta de don Ramón y don Francisco, tuvo que ceder, levantarse y salir. Fue preciso abandonar los catres, las sillas, la hamaca familiar de algodón rayada de azul y blanco que se mecía a través del cuarto, la mesa de la cena, a la que nos retiramos un rato con nuestras mantas; hubo que abandonar hasta la casa. Aquello fue una rendición incondicional ante un sitio aplastante. Niso y Euralio pasaron el resto de la noche en el patio fumando cigarros, con sus ponchos y sus botas.

Allí, a la luz argentina de las estrellas, con su cara ruda que brillaba como un granito, yacía Anselmo, nuestro guía, con los dedos de los pies de fuera y erectos, tan tieso, tan apretado como una momia. Cerca de allí, contra la rueda de una carreta, estaban hechos un montón dos cerdos negros y rechonchos, roncando como si estuviera acabándose el mundo o no hubiese más que ellos en él. Detrás de un montón de cueros de buey mohosos dormían profundamente tres arrieros huesudos y morenos, que contestaban con gran énfasis a la sonora pareja, a la vez que un perro inquieto, con la cola baja, muy tostado, muy escrofuloso y muy flaco, rondaba el patio, saliendo a veces dis-



La casa de Pericles, donde los viajeros se hospedaron a su paso por Atenas.



A una profundidad de trescientos pies, llenando el precipicio con su voz bronca y salvaje, golpeando furiosamente y saltando sobre las rocas que se oponen a su paso, el Río Grande se precipita dando tumbos y las aguas crecidas huyen rápidamente. Sobre este abismo estaba el puente de La Garita, el puente de la Aduana por el cual estaban obligados a pasar todos los que se dirigían al interior del país.

parado hacia la puerta traqueadora cuando pasaba chirriando una carreta, o algún viajero trasnochado a horcajadas en su mula.

Esta diversión nocturna en Atenas nos costó cinco dólares. Pericles era el más astuto, a la vez que el más suave de los truhanes. Nos largamos antes de que tuviese tiempo de afligirnos con su desayuno.

Una legua más allá de Atenas llegamos al borde de la quebrada que en este punto linda con el Río Grande. A una profundidad de trescientos pies, llenando el precipicio con su voz bronca y salvaje, golpeando furiosamente y saltando sobre las rocas que se oponen a su paso, el río se precipita dando tumbos y las aguas crecidas huyen rápidamente. El muro que está del otro lado del precipicio era varios pies más alto que el que bajaban despacio nuestras mulas por un camino en zigzag sólidamente construido, aunque sin ninguna protección del lado del abismo. Racimos de hermosísimas begonias encarnadas cuelgan de este muro estupendo, dándole el aspecto de un farallón de granito coloreado por una puesta de sol color de rosa. Macizos de cuajiniquiles y de vides silvestres que dan sombra a la cresta de los muros, entrelazadas aquí y allá con las begonias, penden sobre las aguas. En un ancho resalte, en la parte baja del precipicio, había un cacaotal soberbio de más de cien años de edad, según nos dijo uno de los guardas de la Garita. A la sombra de este cacaotal, las aguas y el escarpado cauce por donde se precipitan parecían hacerse más hondos y más oscuros. En línea recta y directamente debajo de nosotros había un puente de piedra de un solo arco atrevido, con una puerta y un techo, que unía los dos caminos que bajaban de ambos

lados de la barranca. Era el puente de la Garita, el puente de la aduana por el cual están obligados a pasar todos los que se dirigen al interior del país. Toda tentativa de cruzar el río, arriba o abajo de este puente, se castiga con diez años de presidio. De esto ya se ha hecho mención; pero como no se impone tan grave pena por delito tan venial, no está por demás la advertencia contenida en el aviso. Más allá del puente hay un edificio de madera muy largo, bajo, muy toscamente construido, que sale cinco o seis pies fuera de la pared del frente hasta una andana de postes cuadrados de cedro descolorido: la aduana.

Allí es donde se horadan los barriles, se sacan los clavos de las cajas, se descosen los fardos, se registran los baúles y se colecta la mayor parte de las rentas de la República.

Las cartas de presentación que traíamos para el presidente, el obispo de San José, el ministro de Estado y otros ciudadanos notables de Costa Rica, hicieron que nuestro equipaje pasase sin molestias. Venía varias millas detrás de nosotros dando tumbos y traquidos en pos de una yunta de pesados bueyes; pero el Comandante de la Garita, don Salvador Gutiérrez, nos aseguró del modo más amable que en cualquier momento que llegase le sería dispensada la formalidad del registro. Dijo que a la ciencia y a la literatura era debido que el equipaje de un caballero dedicado al estudio estuviese exento de las formalidades a que están sujetos los jamones de Westfalia y otros artículos ordinarios. Más aún, también se le debía esto al hijo del ilustre General Páez. Esto lo añadió con la más exquisita cortesía, inclinándose y descubriéndose, a la vez que su espada se deslizaba en el polvo detrás de él. Hizo más. Era tan hospitalario como galante. Habiendo entrado en la Aduana, volvió a salir con una botella de coñac, un vaso y un tirabuzón. Sin desmontarnos bebimos a su salud y por la prosperidad de Costa Rica. A su vez bebió él por la nuestra y en honor de Venezuela. Dos o tres minutos más de agradable charla acerca de la caza en las vecindades de la Garita, porque resultó ser un deportista; sobre los filibusteros, porque había peleado el 11 de abril de 1856 en Rivas y pensaba que aquello fue una estupenda diversión; respecto de sus gallos de pelea, porque tenía un ejército de ellos; dos o tres minutos más de este teté-a-teté, un caluroso apretón de manos, el adiós final y nos pusimos en camino dejando al Río Grande que rugiese con voz ronca en su lecho dentado. El abismo profundo, los muros de color de puesta de sol que descollaban sobre las negras aguas, la larga procesión de carretas y mulas y bueyes que bajaban serpenteando por los acantilados del frente, los grupos de guardas y carreteros reunidos en el puente, el mismo puente, los macizos de follaje y las floraciones que mitigaban la faz dura y fría de la roca, suavizando con su sombra el salvajismo aterrador del abismo: todo esto lo olvidamos al llegar a la llanura situada arriba del río y ver abrirse allí, súbita, audaz y espléndidamente, un vasto anfiteatro ante nosotros.

Teníamos al frente los llanos del Carmen; a la derecha las cordilleras y los cerros volcánicos del Barba y del Irazú; a la izquierda las montañas de Santa Ana y de San Miguel. Latitud, altura, infinito. Ninguna mezquina señal de vida humana maculaba el espectáculo; el sol en su plenitud; al través de la tierra calentada, la pulsación de aguas lejanas; retumbos de truenos en un cielo en que no se veía una sola nube amenazadora. Maravilla, home-

naje, éxtasis. Se diría en verdad, que por virtud de magnífico sortilegio, nos habían arrebatado del viejo mundo y estábamos en los umbrales, a la vista y gozando de una nueva existencia.

Pero qué cosa es este vasto anfiteatro, sombreado y circundado por aquellas inmutables sublimidades? Alguna vez fue el lecho de un inmenso lago. Súbitamente puestas en libertad por una violenta sacudida volcánica, las aguas del lago se agotaron corriendo por una hendedura que ahora forma el curso y desaguadero del Río Grande. Rocas enormes de pórvido calcinado que sobresalen del suelo y lo ponen negro en gran trecho, son los testigos de esta convulsión. Los llanos del Carmen, la parte más baja del anfiteatro, ostentan una marga floja y oscura, mezclada con cantidad de detritos volcánicos. Hasta ahora esos llanos sólo han servido como dehesas. Mediante un sistema de irrigación apropiado—sistema que alimentándolo las copiosas lluvias que caen durante los meses de junio, julio, agosto, setiembre y octubre podría establecerse fácil, barata y extensamente—y mediante, por supuesto, el necesario cultivo, producirían caña de azúcar, maíz, tapioca y otros frutos tropicales en abundancia extraordinaria. De suerte que donde hoy tenemos un desierto inanimado y baldío en su mayor parte, podría mantenerse con prosperidad, en este solo distrito, una población de 100.000 almas, además de la que actualmente tiene Costa Rica y que se computa en unas 130.000. De otra parte, por todo el país, desde el Lago de Nicaragua hasta la frontera de la Nueva Granada, naciones enteras, como Portugal y Holanda, podrían encontrar el más amplio acomodo y la mejor manera de vivir.

En sólo la parte septentrional de la República, según dice el señor Astaburuaga, las tierras baldías alcanzan a millones de acres.

Los alicientes que a los emigrantes ofrece el Gobierno de Costa Rica son bastante liberales. Las tierras baldías se venden en remate. El precio de ellas varía según la distancia a que se encuentran de los centros de población. Por ejemplo, dos acres situados en las cercanías de San José, la capital, val-



Don Salvador Gutiérrez, Administrador de la Aduana de La Garita, dice adiós a los viajeros.

drán de \$ 100 a \$ 150, en tanto que en las selvas que están al Norte o al Sur, más allá de las montañas, se pueden comprar 120 acres en \$ 64. El costo de desmontar y preparar un acre de selva, lo estiman los naturales del país en \$ 10; pero Mr. Squier observa que un leñador americano lo haría sin duda por la mitad de esa suma. El comprador de terrenos baldíos se convierte en deudor del tesoro nacional. Después de pagar cierta parte de la suma, casi siempre una friolera, toma posesión de la tierra y la conserva mediante el pago de un interés del 4% sobre el saldo. En una conversación que tuvimos con el Presidente Mora, éste se mostró cordialmente favorable a la mayor inmigración posible. Como prueba de los buenos deseos sinceros del Gobierno a este respecto, nos dijo que hace tres años se había negociado un empréstito de \$ 3.000.000 con una casa de comercio de Hamburgo; pero la crisis monetaria de 1857, en la que tantas casas poderosas de los Estados Unidos y Europa se derrumbaron, hizo daño a Costa Rica. La casa con que había negociado el empréstito quebró en el momento en que acababa de cerrarse felizmente el negocio. Si hubiese venido el empréstito se habrían dedicado trescientos mil pesos a la introducción de hábiles operarios mecánicos y agrícolas.

Además de los alicientes que ofrece el Gobierno, tanto el clima como el suelo de Costa Rica son los más favorables y atrayentes para el emigrante. De todos los países tropicales, Costa Rica es el que mejor se adapta al emigrante norteamericano y europeo. Es tal vez, en los trópicos, el único país en que la mano de obra libre y blanca puede cultivar los productos tropicales con perfecta inmunidad y provecho. En las costas del Pacífico, lo mismo que en las del Atlántico, el clima es, por su puesto, ferozmente dañino, y en algunos lugares, por ejemplo en Matina, lugar situado entre Boças del Toro y San Juan del Norte, enteramente mortífero; pero arriba, en el gran valle de San José, a cuatro mil pies sobre el nivel del mar, ningún clima podrá ser más sano, confortable y delicioso. Un apreciable amigo mío, oriundo de Ohio, que ha vivido diez años en San José y cuyas inclinaciones científicas pueden inferirse del hecho de que es daguerrotipista a la vez que importador de calzado, me dió una copia de las listas del tiempo y de la temperatura formadas por él durante esa década. De ellas resulta que en San José y sus contornos, el termómetro oscila entre 65 y 75 grados durante todo el año, rara vez más y rara vez menos. Stephens, Molina y Astaburuaga confirman el dato.

El suelo de éste y otros valles vecinos no sólo puede producir frutas, granos y legumbres tropicales. El trigo y el trébol ingleses, la patata irlandesa, la calabaza americana, los duraznos, las manzanas, los membrillos y las fresas encuentran en estos valles y en las faldas de las montañas que los circundan, la más alentadora nutrición. Mr. Young Anderson me informó que en el solo valle de Orosi había sitio holgado para 200.000 labradores y podría producir dos plenas cosechas de trigo al año. Actualmente y debido al cultivo imperfecto, sólo produce una. Pero el producto principal de Costa Rica, el que constituye la mayor fuente de su riqueza, el que ha servido para sacarla de la indigencia y de la oscuridad y hacer de ella una de las Repúblicas centroamericanas más sólidas desde el punto de vista comercial, como es socialmente una de las más felices y la de mayor influencia política, es sin disputa el café. Desde 1819, año en que el Padre Velarde sembró el primer árbol, el cultivo de esta planta ha ido en aumento constante.

Habiendo dejado atrás los llanos del Carmen, a once millas de San José, llegamos a los primeros cafetales. Desde allí ocupan el valle entero, toda la parte más alta del lecho del antiguo lago. Se extienden asimismo a la derecha y a la izquierda, a lo largo de todo el camino que conduce de San José a Cartago, una distancia de doce millas, y se les encuentra también al pie de la Candelaria, en los valles de las montañas y en las altiplanicies, a veinte, treinta y cuarenta millas más allá. En 1850 la cosecha fue de 14 millones de libras. Por término medio es de 12 millones. La de este año (1859)—se recolecta en enero—excedió del término medio en cinco millones de libras.

Para mí lo más satisfactorio de las estadísticas agrícolas del país es el hecho capital de que en sus dos terceras partes la población se compone de terratenientes. Casi todo hombre tiene su finca, sus mulas, sus gallinas, sus cerdos y su plantación de azúcar o de café. Los mismos sujetos que habíamos visto con los pies desnudos y las ropas desastradas, serpenteando por la selva más allá de la Barranca, acarreando el café al puerto, eran propietarios a la vez que carreteros. Más que la pureza de su sangre española, que en el noventa por ciento de los casos no ha sido menoscabada con mezcla de negro o de indio, es éste el secreto de su carácter industrioso, de su virilidad, de su diligencia, de su valor, de su triunfo en la guerra; el secreto de la tranquilidad perfecta, de la falta de crímenes, del progreso positivo, de la unidad política, del espíritu nacional y, en suma, de la intrépida independencia del país. Todo hombre está en su casa y se siente en ella. Todo hombre tiene un hogar que defender y sabe bien que la inviolabilidad de este hogar depende de la inviolabilidad de las leyes y de la libertad del país. En una república no hay mejor cosa que cada habitante sea un ciudadano, cada ciudadano un magistrado, cada magistrado un soldado. Allí donde el habitante tiene un arraigo vital e indestructible en el país; donde es propietario de una finca grande o pequeña, allí será un ciudadano, aunque no se le dé el sufragio; un magistrado, aunque no se le confiera el nombramiento; un soldado, aunque no se le pague sueldo. Sin esa propiedad, los derechos políticos apenas son algo más que halagüeñas ilusiones, o, si llegan a serlo, tal vez se convierten en instrumentos de desorden, en sujeción para la multitud y en tiranía de unos pocos. Acompañados de la propiedad libre de invasión y disputa, los derechos políticos del individuo serán con seguridad inflexibles instrumentos de buen orden, guardianes incorruptibles contra la corrupción y defensores gratuitos de la patria.

A dos leguas y media de San José nos detuvimos para almorzar en la posada de la Asunción. Encontramos que esta posada, con su blanca y ancha cara que relucía por entre las nubes del polvo amarillo que levantaban las carretas, era un buen retiro. Las ventanas, las paredes, el piso estaban limpios y lucientes como los de una lechería del Yorkshire; la atmósfera se sentía fresca y ricamente perfumada; el mueblaje, de extraña forma y profusamente tallado, era todo de caoba negra y parecía como si lo frotasen asiduamente. Testimonios vivientes de ello eran las tres muchachas rollizas, vivarachas y de ojos de diamante, hijas de la dueña de la casa, viuda frescota cuyo retrato ponemos aquí, que en torno de la mesa se deslizaban llevando tazas rebalsantes de chocolate delicioso, los más ricos huevos que pueden imaginarse y naranjas de los árboles que sombreaban y perfumaban la casa. En todos sentidos el almuerzo de la Asunción superó al de San Mateo, no obstante que pudo



Las tres gracias de la posada de la Asunción, último lugar de descanso antes de llegar a San José.

haberse suprimido el ajo con que rellenaron el solomo estofado de manera sofocante; los chiles eran más que suficientes para realzar el sabor del festín; hicieron derramar lágrimas al mismo don Ramón, que estaba acostumbrado a comerlos desde niño. Antes de que hubiésemos concluido entró uno de los superintendentes de la carretera, tomó una taza de chocolate, que le fue servida por la más frondosa de las tres gracias, e indicando con delicadeza que lo hacía con nuestro permiso, arrolló un cigarrillo encendiéndolo con su mecha. La mecha es un cordón largo y redondo de yesca, que se inflama con un pedernal y un eslabón, siempre que se necesita; y como se saca de un apagador sujeto a ella por un gancho y una cadena, sale con facilidad. En Costa Rica casi todos usan la mecha; con frecuencia el apagador, el gancho y la cadena son de plata y algunas veces de oro.

De la Asunción a San José el camino estaba en el mejor estado. Era ancho, compacto y plano. Había una zanja profunda de cada lado, un terraplén y una cerca erizada. Esta cerca también daba su sombra, porque las estacas verdes de yuca que la forman arraigan y crían ramas y hojas en tanta profusión, que de vez en cuando es necesario echar mano del machete para mantenerlas dentro de sus límites y conservarles el pulido aspecto civilizado que requiere la circunstancia de hallarse en la carretera que conduce a San José. Además, cuadrillas de trabajadores estaban atareadas en diversos puntos rellenando surcos, quebrando piedras, limpiando las zanjas, esparciendo cascajo o tirando de un rodillo monstruoso que pasaba sobre una mancha fresca de ripio, arena y mezcla.

En seguida aparecieron los cafetales, dispuestos en cuadriláteros con

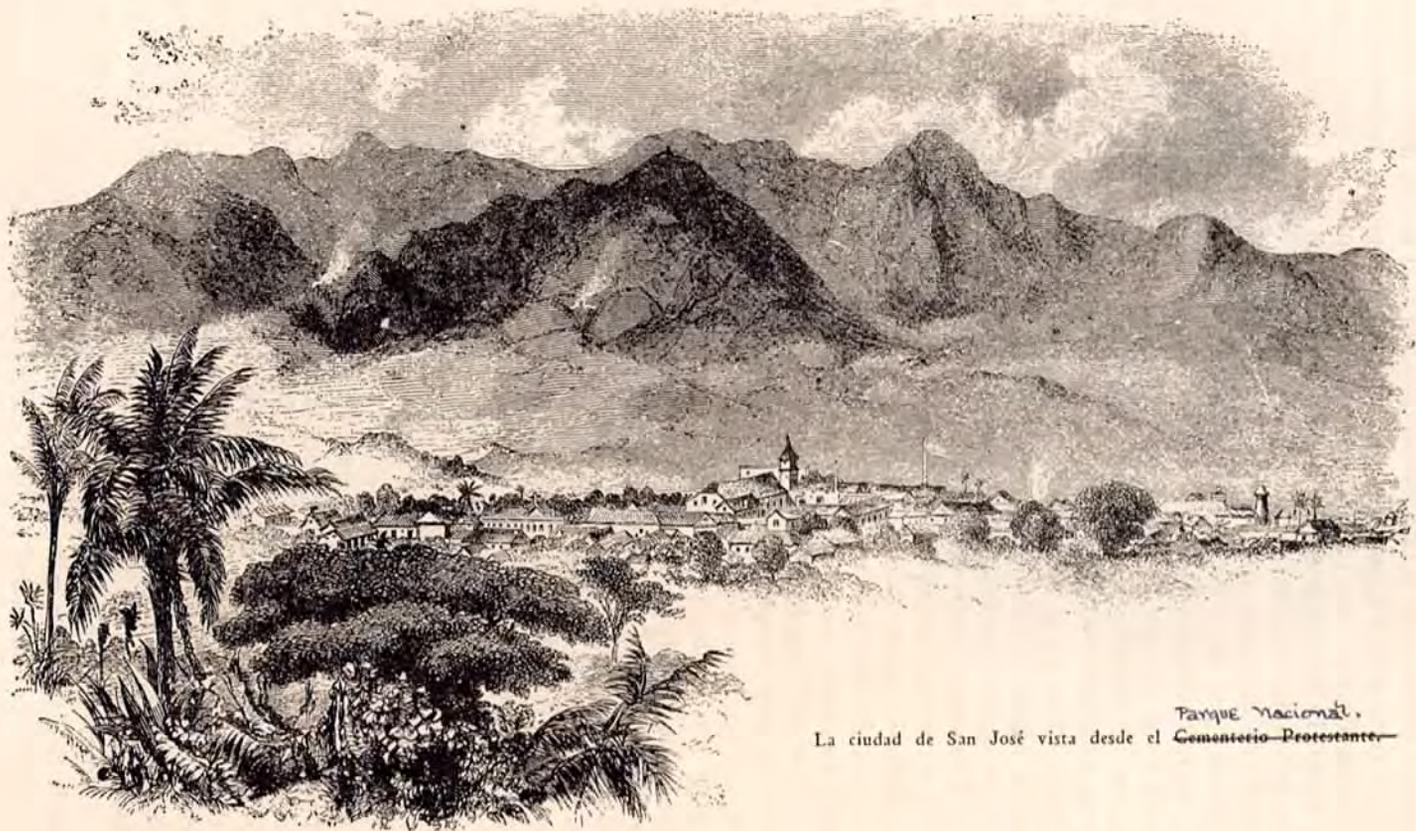
estricta regularidad, cuyo follaje de un verde oscuro delicado brillaba al sol como si estuviese bañado de oro, y sus flores blancas como copos de nieve exhalaban su aroma en el calor brumoso, mezclando la mayor dulzura de la tierra a la más fiera magnificencia del cielo. Luego llegamos al puente del Virilla. "El puente de arco del Virilla" como reza una lápida de piedra empotrada en el pretil. Debajo se desliza el Río Grande sobre un lecho de lava; se desliza con el brillo juvenil más inaudito, con murmullos y risas, por decirlo así, ignorante de la carrera desesperada que le está prescrita, porque aún le falta que batallar por entre los precipicios de la Garita, todavía tiene que dar una caída de tres mil pies. Del otro lado del puente una masa enorme de lava se proyecta en el camino a nuestra izquierda. Debajo del puente, rompiendo por entre tupidos racimos de centredenias y correhuelas, sobresalen del agua tumultosa diez mil toneladas de la misma roca, fundidas en un solo farallón escarpado. Como ya lo hemos dicho, por todas partes se multiplican las pruebas de la sacudida tremenda que hizo pedazos los muros del mar que alguna vez ocupó aquella meseta vasta y puso en libertad a sus olas.

Formando apacible contraste con ellas estaban las largas filas de blancas y limpias casitas de campo que se extienden de ambos lados del camino, desde el puente del Virilla hasta los linderos municipales de San José. Estas filas de casas sólo estaban cortadas por patios, huertas y plantíos, todo con señales de la más cuidadosa industria, confirmando así la impresión favorable que de Costa Rica producen los más notorios incidentes y escenas del camino: la gran procesión de carretas cargadas de café, la quietud y decencia de las pequeñas poblaciones, el comfortable aspecto de las haciendas, el de las mismas gentes y su comportamiento.

Entre las dos y las tres de la tarde entramos en San José, la capital de la República de Costa Rica, quemados por el sol, cubiertos de polvo, algo tostados y excoriados, con camisas de franela colorada y botas de montar arrugadas y fruncidas; pero del mejor humor y devolviendo con sonrisas y a veces con guiños las miradas inquisidoras que a veces señalaban nuestra llegada desde las puertas y las rejillas de hierro de las ventanas.

A un trote corto pasamos frente al cuartel de artillería, en cuya puerta destartada había un centinela vestido de tela de algodón sucia, con sandalias de cuero crudo sujetas por correas a los talones y los dedos. Pasamos en seguida por el Palacio del Gobierno, cerca del cual y de los demás edificios notables e instituciones diremos una palabra en nuestras *Vacaciones*, y echamos pie a tierra en la puerta del Hotel Costa Rica. Después de subir las escaleras con toda la soltura y todo el garbo compatibles con nuestras grandes botas y las espuelas, nos inclinamos sobre la baranda del segundo piso para despedirnos de Anselmo que regresaba a Punta Arenas por el camino que trajeron Niso y Eurialo, con las tres mulas a la zaga, llevando la última atada por las narices a la cola de la precedente y ésta, en la misma forma, a la que iba delante de ella.

Mirándola desde el bonito balcón que nos mostró un muchacho gordo y amable de Haidelberg, llamado Carlomagno, la capital de Costa Rica tenía el aspecto de una ciudad pequeña y compacta, con calles estrechas, dispuestas en cruz, y techos de tejas coloradas. Había astas de bandera y también campanarios y penachos de reluciente y verde follaje que brotaban por entre los tejados rojos, aquí y allá, arriba y abajo y por todas partes. Más lejos y



Parque Nacional.
La ciudad de San José vista desde el Cementerio—Protestante—

por encima de los techos, pero muy cerca de nosotros, al parecer, estaban las montañas de San Miguel, despeñaderos pardos enclavados en valles, y se alzaban otros cerros, abruptos y negros, a cuya sombra intensa se deslizaba lento y blanco como un vellón, el humo de la selva incendiada, y en cuyas faldas resplandecían los cañaverales que las cubrían todas, tan vivo era su verdor.

Quiera Dios proteger a esta noble, joven y valiente ciudad de los Andes centrales; la ciudad silenciosa, pero trabajadora; la ciudad modesta, pero próspera; la inofensiva pero animosa metrópoli de la Suiza de los Trópicos.

Allí estaba radiante y reposando en medio de las palmeras que la abanicaban; de los mangos que dan sombra a sus patiecitos; de las flores níveas de los cafetos; del follaje lustroso, liso y rico de los guayabos y limoneros dulces; de los naranjos y plátanos que brotan por entre el derroche de telas coloradas llenando de perfumes el aire sereno; de los rebaños de bueyes, los más finos del mundo, que pastan en los potreros más allá de los suburbios, o circulan afanosamente y con gran docilidad por las calles, ya acarreado a la plaza del mercado los productos del campesino, ya regresando a casa de éste con los accesorios de su confort que los barcos procedentes de Inglaterra, Hamburgo, Guatemala y Francia importan, o con los que, fabricados en talleres más ingeniosos, ha estado trayendo rápidamente desde hace algún tiempo el ferrocarril de Panamá. Cada cual está en sus quehaceres; ninguno hay ocioso; nadie es demasiado presumido para no comerciar o no trabajar; a todos anima un espíritu de emancipación que tiende a alcanzar una vida independiente; el mecanismo del gobierno marcha con firmeza, y para sus fines de orden, con buen éxito proporcionado, aunque tal vez con la gran velocidad y la expansión que los demócratas de propósitos infinitos, como lo son algunos de los nuestros, podrían aconsejar con retórica impetuosa; lo anima un deseo cada vez mayor de establecer relaciones más estrechas con el mundo, deseo que disipa sus temores y prevenciones, aviva su inteligencia, ennoblece sus consejos, y que, como el nuevo camino proyectado a Sarapiquí, abrirá, a través del desierto, en que hasta aquí no se ha posado la planta del hombre blanco, nuevos caminos a las empresas, los recursos y el crédito del país. El pabellón nacional, que fue llevado victoriosamente por entre las filas deshechas de adversarios no despreciables, ondea sobre el cuartel y el Palacio del Gobierno, encendiendo en todos los corazones un justo orgullo y un patriotismo intrépido. Contemplando todo esto, cómo podríamos dejar de invocar las simpatías del pueblo americano y el escudo de la Providencia, como lo hago ahora y lo haré siempre, en favor de esta valerosa y pequeña ciudad de los Andes centrales?

Ah, protéjala hasta el final de los tiempos esa Providencia simbolizada por la gran montaña Irazú que le da sombra y apagó tiempo ha sus fuegos, para dejar de ser objeto de terror y convertirse en adorno soberbio del paisaje. Y que viviendo segura en medio de los cerros eternos, próspera e inviolable, le sea permitido dar el ejemplo—al través de muchas épocas de progreso—de que las naciones pueden ser grandes, grandes por el trabajo honrado, por la virtud de la vida doméstica, por las artes menos ostentosas de la paz, por el patriotismo, por el heroísmo; grandes por ser la imagen viva de ese ejemplo estimulante, aun cuando no tengan una armada que en su nombre surque los mares y aunque su territorio sea pequeño.

Los temblores de tierra se oponen a las muy altas pretensiones. Estos ocurren muy a menudo en el valle de San José. Durante nuestra permanencia en él hubo tres: uno por mes. Pero sólo causan daños quizás una o dos veces en un siglo. El último de los temblores perjudiciales ocurrió en 1841, arruinando totalmente 961 casas, dañando 1.004 y matando a 22 personas. Sin embargo, si las casas de San José fueran más altas, las sacudidas resultarían un acontecimiento fatal de mayor frecuencia. Tan sólo tienen un piso; las pocas que se apartan de esta regla—media docena o algo así—son excepciones nerviosas y tienen un aspecto de intrusas desgarradas. La tarde que llegamos, cuando nos dirigíamos a un trotecillo corto hacia el Hotel de Costa Rica montados en nuestras sillas de alto pico, nos parecía que mirábamos por encima de los techos, tan prudentemente bajas son las casas; que aquella era una ciudad liliputiense y nosotros los Gulliveres con camisa de franela colorada que entraban en ella cabalgando.

Construido en su mayor parte de adobes—ladrillos secados al sol—y encalado de pies a cabeza, San José se ve limpio y claro. Y si carece del sombrero pintoresco de la mayor parte de las ciudades de Centro y Sur América, también le falta por completo su olor peculiar y tiene poco de las basuras que en ésta abundan. Su existencia no pasa de ochenta y cinco años.

En las intersecciones de las calles principales hay hermosos postes de farol de hierro colado, importados de Inglaterra; pero hasta ahora no se quema gas en San José. La Municipalidad alumbrada con pabilo y aceite y su alumbrado es parco. Más todavía, las casas tienen chimeneas y vidrios en las ventanas. Esta no es la regla en las casas hispano americanas. La razón es obvia. Nadie quiere fuego en la canícula; ninguno se encierra en un invernáculo cuando necesita una bocanada de aire; pero San José está a 4.000 pies sobre el nivel del mar, y de los cerros de San Miguel y del volcán Irazú, entre los cuales está situado, viene más de un viento frío aún durante el esplendor del verano.

El Ayuntamiento de San José se compone de tres municipales y dos síndicos procuradores. Estos funcionarios son electos anualmente por los vecinos propietarios de la ciudad y los preside el Gobernador de la Provincia. Emplean un secretario y un portero y celebran sesión una vez al mes. Caso de requerirlo así las circunstancias, pueden ser convocados a sesión en cualquier momento. Los deberes del consejo consisten en hacer todos los reglamentos locales, designar los ciudadanos sujetos al servicio militar, coleccionar los impuestos municipales e invertirlos, fijar los gastos de cada cantón, o distrito de la Provincia, supervigilar las escuelas públicas primarias, los intereses agrícolas, comerciales e industriales. También está el consejo facultado para negociar empréstitos destinados al fomento de las obras públicas, con garantía de las rentas municipales. Estas rentas proceden de varias fuentes, en parte del tabaco y otros derechos de aduana y principalmente de las patentes que pagan los tenderos y comerciantes en general.

Los policías son pintorescos. Un poco después de la puesta del sol les pasan revista en la plaza y los mandan a sus puestos. Con una carabina col-

gada del hombro, una espada corta con empuñadura de bronce, una cartuchera, un sombrero de paja roñoso y una manta vieja a guisa de uniforme, patrullan la ciudad silenciosa hasta el amanecer, y, al terminar su pesada vigilia, rezan la *oración del sereno, Ave María Purísima*, en el tono más lúgubre.

Sin embargo, estos policías de San José son hombres fieles, obedientes, vigilantes y valerosos, aunque de vez en cuando pueda tropezar un extranjero con uno de ellos roncando en las gradas de una puerta, como nos pasó a nosotros en nuestras correrías por la ciudad a la luz de la luna. La primera vez que esto nos sucedió, el pobre hombre estaba hecho un fardo debajo del tacón de una bota enorme, cuyo original se encuentra colocado a ocho pies de altura en Chatham Street, en Londres. La copia que está en San José, en la esquina de la Calle de la Puebla, la suministró un cumplido filibustero a M. Eugéne, el zapatero francés a quien sirve de muestra portentosa. El artista era un prisionero de guerra; pero aún cautivo y derrotado proclamó sus principios. En el tacón de la bota gigantesca clavó una espuela con una rodaja inmensa y lanzó tres vítores al general Walker y a la Estrella Solitaria.

Pero no hay necesidad, ninguna necesidad de policía. Costa Rica es el más morigerado y pacífico de los países y San José la más morigerada y



Un zapatero francés tenía colgada a la puerta de su establecimiento esta enorme bota y como rindiéndole los honores de la guardia, se observa un pintoresco policía de 1858.

pacífica de las ciudades. Casi provoca a decir que es estúpidamente bien portada e insípidamente juiciosa. El chiffonier (trapero) tendría poco que hacer en ella. Al abogado de las vecindades de las Tombs no le cabría mejor suerte. Toda la hampa de la ciudad ejemplar no vale el testimonio de un testigo. Las riñas de gallos son la única disipación a que se entregan las gentes y eso exclusivamente en los días de fiesta y los domingos.

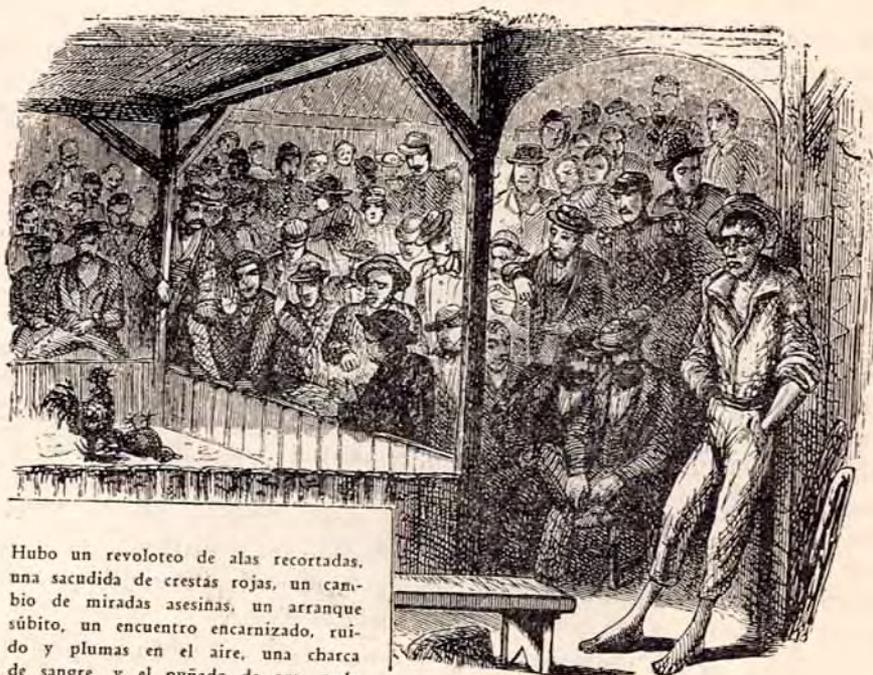
Siendo la gallera una de las instituciones del país, no habría estado bien que don Ramón y don Francisco la hubiesen ignorado o esquivado. Mártires del amor a la ciencia, la visitaron movidos de las más puras intenciones e impulsados por una curiosidad tan desinteresada como la que hubiese llevado a un extranjero perfecto, por ejemplo un británico, al anfiteatro de Roma en los días de los pugilatos tracios.

Habiendo entrado por una puerta tosca, dieron con un caballero de edad madura que tenía unos bigotes cobrizos. Estaba sentado en una silla tallada en un bloque de caoba y tenía en la mano un paquete de tarjetas impresas, que eran los billetes de entrada al vil redondel. Se le pagaron dos reales, apartó una cortina roja de indiana colorada y después de un amable "entren ustedes, señores", hizo una cortesía, se atuzó los bigotes y siguió en su colecta de reales. Transcurrido un segundo los mártires se encontraron en un edificio ventoso y de madera, que se les pareció muchísimo a un tinglado de vacas convertido en algo semejante a un circo.

Era un Domingo de Pentecostés y el lugar estaba atestado de gente. Todas las clases sociales estaban allí representadas: el mercader y el buhonero, coroneles con charreteras relumbrantes y soldados rasos, doctores, abogados, empleados del Gobierno, padres de familia, elegantes caballeros con holgados chalecos y cabezas grises, jóvenes de dieciocho años y aún menos. Estos últimos, aguijoneados por el más ardiente descaro, corrían de un lado para otro, locamente, codiciosos de pesos y cuartas.

Los bancos del teatro estaban dispuestos en gradería y formaban un cuadrilátero; dentro de éste se encontraba la cancha fatal rodeada de una barrera de madera de una altura de dieciocho pulgadas. En un rincón a la derecha de la cortina de indiana colorada, había una mesita en que estaban las navajas, los cordeles para sujetarlas, la piedra y el aceite para afilarlas, la sierra fina para cortar los espolones y demás objetos exquisitos destinados al armamento de los gladiadores. Las navajas que se usan en esta carnicería son filosas como lancetas y curvas como cimitarras. Mientras se pactan las peleas, y amarran los ayudantes las armas de los combatientes, mientras se arriesgan muchas onzas de precioso metal a las probabilidades de vida o muerte de los gladiadores, éstos cantan con todas sus fuerzas y se pavonean descaradamente por el redondel, ostentando el más lustroso plumaje hasta donde se los permiten sus maniotas de cáñamo.

Al entrar, don Ramón y su amigo notaron que las apuestas eran fuertes y animadas; las monedas de oro cambiaban de manos con deslumbrante rapidez. La economía y cautela de los costarricenses son proverbiales. Fuera de la gallera no gastan nunca un medio (menos de un *dime*) si pueden evitarlo; dentro de este redondel encantado, son los más pródigos de los manirroto. Llamó particularmente la atención de los dos amigos un mozalbete cetrino, que no tenía zapatos, ni calcetines, ni siquiera un pedazo de cuero de buey en la planta de los pies; pero aun cuando cada espinilla de las muchas



Hubo un revoloteo de alas recortadas, una sacudida de crestas rojas, un cambio de miradas asesinas, un arranque súbito, un encuentro encarnizado, ruido y plumas en el aire, una charca de sangre, y el puñado de oro, todo lo que sobre la tierra poseía el mozo de la cara cetrina cubierta de espinas, desapareció.

que le cubrían la cara hubiese sido un rubí, no habría podido ser más atrevido ni más pródigo de su dinero. Llegó sin embargo a una crisis. Estrujando a don Ramón para casar una apuesta con otro deportista apasionado, vestido de paño fino y con camisa bordada, puso un puñado de oro a un gallo colorado de la más seductora estampa y de un coraje enteramente irresistible. Aquello era todo lo que tenía sobre la tierra. Hubo un revoloteo de alas recortadas, una sacudida de crestas rojas, un cambio de miradas asesinas, un arranque súbito, un encuentro encarnizado, ruido y plumas en el aire, una charca de sangre, y el puñado de oro, todo lo que sobre la tierra poseía el mozo de la cara cetrina cubierta de espinillas, desapareció.

Este juego cruel, absurdo y villano está pasando rápidamente de moda. Hubo un tiempo y de esto hace apenas cinco o seis años, en que el presidente y todo el gabinete se dejaban ver en la gallera; pero ahora rara vez y quizás nunca se encuentra en ella a un político distinguido y mucho menos a un estadista, aún en vísperas de una elección. Cuando sea totalmente abolido, no padecerán ni la mente, ni la virilidad, ni el corazón del pueblo. (Actualmente las riñas de gallos son prohibidas en Costa Rica).

A la mañana siguiente del día de nuestra llegada visitamos al Obispo de San José. Su casa es humilde. Dos obreros montados en escaleras estaban reparando el enlucido, encima de la puerta de entrada, en el momento mismo de llegar nosotros. Pasando sobre una verdadera ciénaga de argamasa penetramos en el zaguán. Antes de que tuviésemos tiempo de llamar al portero y de enviar nuestras tarjetas, se nos acercó suavemente un caballero anciano.

Era alto, delgado, de facciones acentuadas, con una tez morena y ama-

rillenta y dedos flacos y descarnados; tenía los ojos vivos, el paso firme y la voz clara y fuerte. Llevaba un pectoral de oro y una sotana de seda de color de púrpura que parecía haber sido lavada, porque la púrpura había degenerado en rosa. Un solideo de terciopelo del mismo color pálido ocultaba la mayor parte del cabello corto y lacio, que parecía haber sido espolvoreado con pimienta blanca y húmeda. Era el venerable Anselmo Llorente, obispo de San José.

Había una puerta abierta a la izquierda del zaguán. El obispo nos la indicó con suave y amable sonrisa y habiéndonos inclinado ante él respetuosamente, penetramos en un salón mustio.

Las paredes, tapizadas con un papel de aspecto glacial, habrían estado lastimosamente desnudas a no ser por tres cuadros al óleo que colgaban de la débil cornisa, frente a las tres ventanas que daban a la calle. Uno de estos cuadros, un retrato de Pío XI, era un verdadero tesoro. Soberbio souvenir de Roma, tenía toda la suavidad, la quietud y el acabado delicioso que caracterizan las obras de Carlo Dolci. A su lado el retrato de Anselmo Llorente parecía tosco y mezquino. El tercer cuadro representaba la Ascensión desde la tumba de un prelado devoto, revestido de pontifical. Como justo castigo de tan notorio delito perpetrado en la tela, el pintor debía haber bajado al infierno a la vez que el prelado subía al cielo.

Entre las dos ventanas, frente a estos cuadros, había una mesa de oscura caoba con un tapete de ratina roja desteñida y cubierta de libros, pedazos de lacre, plumas de ave y papeles. Detrás de la mesa estaba un sillón y detrás de éste una antipara de la cual sobresalía un dosel. El sillón, la antipara y el dosel, todo estaba cubierto de ratina desteñida. En el piso no había alfombras ni estereras; pero sí buena capa de polvo sobre el entarimado, acumulada por varios meses de reposo doméstico.

Habiendo leído las cartas que le entregamos al entrar, el obispo se levantó del sofá, un mueble lamentable, dándonos la bienvenida con una cordialidad atenuada por la dignidad: la cordialidad circunspecta de la vejez.

En el mismo instante llamaron a la puerta y el obispo tuvo que salir un momento. Durante su ausencia entró un fraile de la orden reformada de San Francisco; era de Quito. Con su hábito, capa, capuchón y pantalones parduços de una tela pesada de lana y algodón fabricada en los Andes ecuatorianos, su cabeza rapada, su cara de color de mantequilla pálida y un par de gafas azules, detrás de las cuales se movían constantemente sus grandes ojos negros, era en verdad una extraña aparición. Habiendo muerto el arzobispo del Ecuador y estando el de Panamá ausente de esta ciudad haciendo una visita a su diócesis, el piadoso hijo de San Francisco había venido a ordenarse en Costa Rica.

El Obispo, después de volver a su asiento en el sofá, sacó una elegante petaca de paja de colores, invitándonos a fumar. El santo duende quiteño tomó la mecha de la mesa donde estaba enroscada sobre el tintero, y después de varios fracasos consiguió encenderla. Hincándose entonces de rodillas, la ofreció al obispo. Una vez que éste hubo encendido su cigarrito, el buen fraile besó el anillo episcopal y levantándose con profundo acatamiento apagó solemnemente el fuego. Poco después y habiéndonos echado en silencio una mirada al través de sus gafas azules, dobló de nuevo la rodilla, besó

otra vez el anillo episcopal y llevando la cabeza baja y arreglándose el hábito se retiró con modesta confusión.

Envuelto en fragantes nubes de humo, el señor Llorente conversó agradablemente con nosotros. Habló del país, de sus atrasos, de sus recursos y perspectivas, y en pocas frases brillantes y pronunciadas con mucha animación, nos refirió los principales sucesos de su historia política.

Se lamentaba profundamente de que las iglesias de San José tuviesen tan poco interés para el extranjero. No contenían obras de arte ni pinturas, ni esculturas y sus ornamentos eran muy escasos y de los más humildes. Los españoles concentraron en Guatemala toda la riqueza de la Iglesia de Centro América, y hasta hoy Costa Rica ha sido demasiado pobre para enriquecer sus altares. Sin embargo, en Cartago había algunas pinturas antiguas y valiosas, dos o tres buenas imágenes, custodias, relicarios y vestiduras de ricos materiales y curiosa hechura. De las iglesias pasó el señor Llorente a los indios del país. En extremo interesantes fueron sus noticias y conjeturas acerca de los guatusos del valle del Río Frío, raza que vive completamente aislada y que no permite que ningún extranjero ponga los pies en sus misterio-



La Calle del Presidente, en San José. La casa cuyo dibujo se reproduce era la residencia del Presidente de la República y aun se conserva más o menos igual. Está situada al principiar la cuadra que sigue al Teatro Palace, hacia el Oeste.

ses dominios. Todas las sílabas que sobre este asunto salieron de sus labios, fueron ávidamente recogidas.

Al final nos remitió a la Historia de Guatemala del Arzobispo Francisco de Paula García Peláez. Había en ella un capítulo profundo y erudito consagrado a los guatusos. Teníamos que leerlo; nos iba a dar un ejemplar de la obra; sería un testimonio de su aprecio y vehemente deseo de ayudarnos en nuestras laudables investigaciones. Se mostró encantado de saber que habíamos sido educados por los jesuitas. Estos eran la nobleza, la flor, los caballeros de la Iglesia, de la que habían sido los mártires más sublimes y los soldados más valerosos. Doquiera que estaban ellos había civilización, erudición, elocuencia, una sociedad disciplinada, una fe levantada y el más alto ejemplo de generosidad. Sería bueno para Costa Rica que se estableciesen en el país; pero existía contra ellos una ignorante prevención y los esfuerzos hechos por él para obtener que los dejasen entrar y residir en la República habían sido infructuosos.

Cuando nos levantamos para despedirnos, el obispo abrió la puerta que daba al zaguán, y llamando a un joven que leía en el corredor del patio, le pidió que trajese de su biblioteca la Historia de Guatemala y nos acompañara con ella hasta el hotel. Nosotros le rogamos que no molestara al joven estudiante, porque podíamos llevarnos fácilmente los libros; pero el amable obispo insistió; la consideración que nos dispensaba era implacable, y así fue que regresamos a nuestras viviendas seguidos de la Historia de Guatemala en tres tomos y de un joven modesto con sotana y sombrero de fieltro a la moda de California.

Anselmo Llorente es el primer obispo de Costa Rica. Hasta en agosto de 1850 el país no fue erigido en diócesis separada. Anteriormente estaba subordinado a la de Nicaragua. Astaburuaga habla del señor Llorente como de un hombre celoso, prudente e ilustrado que honra a la Iglesia. La religión católica romana está declarada por ley religión del país. La Constitución le garantiza la protección del Gobierno a la vez que tolera todos los demás credos. Por el Concordato celebrado en la corte de Roma en octubre de 1852, se abolieron los diezmos, sustituyéndolos con una asignación de \$ 10.000 anuales que el tesoro público paga a la diócesis.

Pero no era fingida la modestia con que el obispo nos habló de la pobreza de las iglesias de San José. Tratándose de iglesias hispano americanas, es sorprendente su falta de ornamentos y tesoros. Su desnudez externa, para decir lo menos posible, es un indicio honesto de la miseria interna. Sin embargo, la de San Juan de Dios, cuyo arquitecto es el señor Francisco Kurtze, un hábil alemán, será una excepción grandiosa. Las paredes son altas y macizas; el decorado puro y sólido. Columnas corintias sostienen interiormente el techo, y el gracioso e impotente edificio está rodeado de jardines llenos de arbustos olorosos y árboles frutales dispuestos con gusto. (El autor se refiere a un proyecto de iglesia que no fue realizado).

La Catedral de San José está situada en el costado oriental de la plaza. Su construcción es de piedra de lava y lo único notable de la fachada son las altas puertas franqueadas de columnas salomónicas y una andana de columnas de aspecto ordinario, que arrancan de una moldura que corre más arriba de las puertas y soportan el más común de los arquivoltas. La torre tiene un poco más de treinta pies de altura. Sobre estos treinta pies de cal y canto,



La Catedral de San José en 1858.

descansa una armadura de madera, algo así como un fortín, y de una viga colocada cerca de su tejado en punta cuelga una campana monstruosa. Esta campana monstruosa es poco musical.

Pero lo mismo puede decirse de todas las campanas de San José, profanas y sagradas. A veces, cuando tocan todas a un tiempo, el estruendo provoca a hacer algo que es lo contrario, de rezar. Una ciudad en que hermigueasen los caldereros, todos afanados en su oficio, sería casi tan melodiosa y tolerable para los oídos no acostumbrados, como San José en tales momentos. Pero es duro decir esto: porque si los vecinos de la ciudad fuesen bastante ricos para comprarlas, resonarían en estas ocasiones por todo el valle del río Torres y del María Aguilar, campanas tan sonoras como la Susana de Erfurt, que es de plata, o de voces tan potentes como las que atronando súbitamente el espacio salvaron la ciudad de Yonne con sus muros romanos de los estragos de Clotario.

El aspecto del interior de la Catedral es notable y hermoso. Con los materiales más sencillos, sin ayuda del oro, del pórvido, ni de pavimentos bizantinos, ni de vidrios de colores, los vecinos de San José han fabricado un templo que no desmerece de la fe que atestigua. Separados por arcos, elegantes pilares de las maderas más duras, tales como la quiebrahacha, soportan el techo dividiendo el edificio en tres naves amplias. La mayor tiene 35 pies de ancho y 300 de largo. Las paredes son blancas y los pilares de quiebrahacha tienen vetas del mismo color; pero los arcos en que terminan, lo mismo que el techo en ángulo interno muy agudo, están pintados con arabescos y esto da a toda la parte interior un aspecto rico y curioso. Del techo cuelgan hermosas arañas sostenidas por cadenas de metal bruñido. Descansando en pilares pintados que imitan el mármol de Siena y se extienden al través

de la nave central, se alza la galería del órgano más arriba y a unos pocos pies detrás del altar mayor. Un enrejado oculta al organista y el coro. Está delicadamente construido y pintado de blanco; también lo está el órgano del mismo color; pero al frente tiene cañones plateados y tallas ricamente doradas. El coro para el dean y el capítulo ocupa la extremidad oriental de la nave mayor, y los asientos fabricados con la caoba más valiosa por operarios guatemaltecos, están al mismo nivel de la plataforma que ocupa el altar mayor.

Además de la Catedral hay en San José otras dos iglesias; la de Nuestra Señora de la Merced y la de Nuestra Señora del Carmen. Ambas son penitentes de la arquitectura. Ningún edificio podría tener un aspecto más modesto, más tristemente casto, ni más humilde. Paredes de adobes, techos de tejas coloradas y ordinarias, pisos de tierra apisonada, llenas de grietas y cascajo, torres que sólo parecen esqueletos de campanarios; nada podría ser más pobre. Sin embargo, en la Semana Santa ofrecen un aspecto brillante. Toda su pobreza y frialdad, toda su sencillez e insípida tristeza, todas sus miserias silenciosas se diría que se desvanecen. Ambas se hacen calurosas, aromáticas, floridas. La desnudez de las paredes desaparece detrás de los encajes, las sedas y los follajes. Palmeras suplantán, por decirlo así, los troncos estériles que sostienen los techos. En el lugar que ocupaba el altar mayor aparece una pirámide y sobre la tela carmesí que la cubre desde la base hasta la cúspide, ponen complicados trabajos de bordado y costura de suaves matices. En ocasiones como ésta, el contenido de los armarios de San José acude presuroso al llamamiento de Nuestras Señoras de la Merced y del Carmen. En las gradas de la pirámide brillan unas mil velas de cera en candeleros de plata, en globos traslúcidos de cristal empañado, en candelabros plateados, en copas de bronce y alabastro. Entre las luces hay flores, arbustos y plantas como sólo puede producirlos una tierra como la de Costa Rica. Allí la opulenta Naturaleza compensa con creces la pobreza de las gentes y les ayuda con rebosantes cuernos de abundancia en el cumplimiento de sus piadosas devociones, convirtiéndose en su espléndida y pródiga auxiliar, del mismo modo que derramó el aceite sobre la divina cabeza en la casa de Betania.

En la Iglesia de la Merced había una representación del huerto de Gethsemaní. A la izquierda de la nave y contiguo al pórtico estaba un espacio de ocho pies en cuadro, marcado con palmeras encorvadas y entrelazadas que servían de valla. Las flores de las palmeras caían en forma de lluvia o desplegaban, a semejanza de una fuente, sus castos esplendores en círculos que ensanchándose descendían dentro del huerto. En el suelo había una gruesa alfombra de palmas, entremezcladas con bayas, hojas y flores de las más bellas plantas siempre verdes. Encima de todo esto estaban esparcidas las más lindas flores, flores de los colores más brillantes, de las formas más raras, como la lobelia, con sus pétalos carmesíes y gualdas, el lirio rojo, la plumeriada de color de canario; también se veían jarrones y macetas de loza llenos de tierra en que habían nacido espiguitas de arroz, fuentes de porcelana en que germinaban granos de maíz, hierbas aromáticas, naranjas, uvas silvestres del Valle de Ujarrás, aguacates, piñas, granadillas y limas. En medio de todas estas ofrendas, en medio de toda esta munificencia y belleza, de todo este esplendor y dulzura de la tierra, cerca de un árbol troncado, estaba de rodillas una imagen del Cristo de Gethsemaní, cubierta con una

túnica de púrpura. De la frente le manaba sangre y en las pálidas facciones tenía impresa una expresión de angustia que ninguno podía mirar sin emoción, por muy frívolo e irreverente que fuese. Dentro y fuera del pórtico de la pequeña iglesia había soldados que montaban guardia con los fusiles a la funerala. Durante todo el día permaneció el pabellón nacional a media asta en el palacio del Gobierno, en el Cuartel de Artillería y en el que estaba situado en la plaza. Las tiendas, los billares, los cafés, las oficinas públicas, todo estaba cerrado. Nadie se quedó en casa; todos andaban afuera con sus mejores atavíos desde el amanecer, todo el santo día, toda la santa noche en la calle, visitando iglesias, cumpliendo con la devoción de las estaciones, llevando linternas y murmurando padrenuestros y avemarias por las calles. Al siguiente día hubo el mismo redoble monótono de los tambores con sordina de



Procesión del Viernes Santo en 1858. Cañas silvestres en torno a las cuales se entrelazaban palmas y coronas de flores, adornaban las aceras; el pavimento de las calles estaba sembrado de siemprevivas, bellas ramas de uruca y extrañas y lindas manitas de guarumo. Cortinas de muselina blanca con festones de cintas negras de seda y raso colgaban de los balcones de las casas; a lo largo del camino que seguía la procesión y en las intersecciones de las calles, había catafalcos cubiertos de paño negro bordado, salpicados de flores y cargados de frutas, en que brillaban lámparas de colores y jarrones de plata.

la víspera, las mismas banderas enlutadas, el mismo ir y venir de caras ve-ladas y graciosas cabezas envueltas en chales de seda, los mismos traquidos ásperos de las carracas en vez de los toques de campanas, la misma profusión de luces, flores y frutas en las iglesias, el mismo murmullo penetrante de piedad, un día de fiesta tan solemne en todo sentido como lo fue el Jueves Santo; pero tal vez más tranquilo y algo más impresionante por el gran sa-crificio que conmemoraba y el duelo que parecía marcarse particularmente en la interrupción de todos los asuntos profanos, en los fusiles de los soldados puestos a la funerala, en el aspecto solitario de las casas y en la sombra más intensa proyectada por los montes de San Miguel y el Irazú.

Al atardecer, la procesión que conmemora el entierro de Cristo salió lenta y tristemente por la puerta grande de la catedral y recorrió las calles adyacentes. Cañas silvestres en torno de las cuales se entrelazaban palmas y coronas de flores adornaban las aceras; el pavimento de las calles estaba sembrado de siemprevivas, bellas ramas de uruca y extrañas y lindas manitas de guarumo. Cortinas de muselina blanca con festones de cintas negras de seda y raso colgaban de los balcones de las casas; a lo largo del camino que seguía la procesión y en las intersecciones de las calles había catafalcos cubiertos de paño negro bordado, salpicados de flores y cargados de frutas, en que brillaban lámparas de colores y jarrones de plata. Al frente de la procesión venían los hermanos de la caridad con largas vestimentas de lana blanca, anchas y flojas como batas, y pañuelos blancos o de colores liados a la cabeza. Estos hermanos portaban las diversas insignias de la Pasión. Los dos primeros llevaban un par de escaleras verdes al hombro; uno traía una corona de espinas, otro una esponja sobre una servilleta manchada, el tercero un martillo de hierro y tres clavos. Seguía un enjambre de muchachos con velas apagadas; detrás de éstos aparecieron tres hombres jóvenes con trajes eclesiásticos, portando el de en medio un crucifijo de plata, alto y esbelto, cubierto de terciopelo negro; los otros dos llevaban en alto candeleros delgadísimo, cuyos cirios amarillos ardían con una llama mortecina, derritiéndose con exceso a medida que brillaban débilmente. Detrás y muy cerca de los ciriales y del crucifijo marchaban cuatro sacerdotes de frente, con sotana, gorro negro y sobrepelliz. Sobre el gorro traían un capuchón negro y debajo de éste un manto, también negro, que les arrastraba una o dos varas sobre el pavimento salpicado de hojas. Eran los heraldos de un gran pendón de seda con una cruz roja en el centro, que portaba un caballero demacrado y vestido de riguroso luto. En seguida venía otro enjambre de muchachos abriendo camino a una imagen de cuerpo entero de San Juan Evangelista, cubierta de abigarrado ropaje y con la mano apoyada en el corazón, a la cual llevaban en hombros cuatro caballeros descubiertos y vestidos de frac. La imagen de María Magdalena venía detrás de la del Evangelista. Estaba radiante con su traje de raso blanco y sus abundantes trenzas de cabellos negros; una expresión de intenso arrepentimiento realizaba la noble hermosura del rostro. Como obras de arte estas imágenes son más que admirables; son exquisitas y maravillosas. Guatemala, donde fueron esculpidas, tiene razón de sentirse orgullosa de ellas.

Peró ya se iba acercando una mucho más majestuosa e imponente que las anteriores. A uno y otro lado brillaban bayonetas en alto; a su derredor flotaban las nubes olorosas que despedían los incensarios; lindos niños ves-



Suntuosamente vestida la Mater Dolorosa, le habían prodigado los encajes más valiosos y el terciopelo color de púrpura, las perlas de mayor tamaño. A uno y otro lado, brillaban bayonetas en alto; a su derredor flotaban las nubes olorosas que despedían los incensarios; lindos niños vestidos de blanco y frescos como capullos de rosas, venían delante cubriendo de flores el suelo cubierto de hojas.

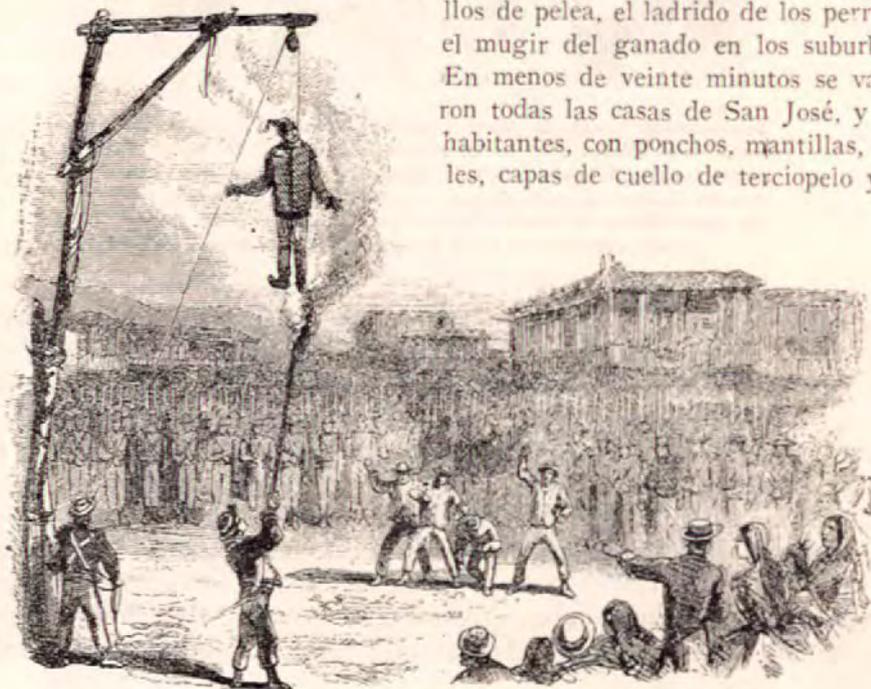
tidos de blanco y frescos como capullos de rosa venían delante sembrando de flores el suelo cubierto de hojas: era la Mater Dolorosa. Suntuosamente vestida, le habían prodigado los encajes más valiosos y el terciopelo color de púrpura, las perlas de mayor tamaño, los ópalos y otras piedras preciosas. De su cabeza de reina brotaban rayos de plata que resplandecían como si fuesen flechas de cristal; un clérigo llevaba la cola del manto de terciopelo que descendía de los hombros de la imagen; detrás de él y portando largos cirios de cera, venían muchas de las principales damas de la ciudad, todas con trajes negros de seda y de raso y las cabezas tapadas con ricis mantillas, negras también como paños mortuorios. Algunas eran jóvenes, tiernamente graciosas y de una belleza de perla. Las matronas, aunque enjutas y secas, tenían un aspecto digno y santo.

Sin embargo, todo esto no era más que el preámbulo de lo más interesante del espectáculo: un inmenso sarcófago de cristal llevado por unos veinte ciudadanos de los más respetables de San José, que marchaban con todo el

énfasis y toda la grandiosidad de soldados veteranos. Delante, detrás y a los lados del sarcófago, venían acólitos con blandones invertidos, incensarios humeantes y palmas cubiertas con crespones; a su paso los espectadores situados en las puertas, los balcones y ventanas se descubrían y arrodillaban. Dentro del sepulcro transparente había sábanas del lino más fino, blancas como la nieve y salpicadas de rosas, una cara que manaba sangre, una corona de espinas y la silueta de una imagen yacente. Esta imagen era la del Crucificado del Calvario. A su paso no hablaba nadie, no se oía un murmullo, y lo único que turbaba la paz de San José en aquel momento solemne, era el balanceo y la música de la banda militar precediendo a las tropas que cerraban la procesión con la bandera plegada y las armas a la funerala.

Algunas horas más tarde hubo un espectáculo muy diferente. Era la madrugada del Domingo de Pascua. Las nubes caían densas y bajas sobre las montañas; las de San Miguel no eran más que un montón de ellas y sólo se veía la base verde oscura del Irazú. Las plantaciones y los potreros estaban agobiados; aquello era un caos de nubes por todas partes; no se distinguía ninguna otra cosa, salvo el farol de la esquina de la Calle de la Artillería, cuya luz se filtraba al través de humo denso que empañaba el vidrio; pero en medio de este caos de nubes se desencadenaron de pronto las campanas de la Catedral, de la Merced y del Carmen, sonando viva, salvaje y violentamente. Sonaron, sonaron y sonaron hasta que la atmósfera tumultuosa parecía chiporrotear con los golpes. Sonaron, sonaron y sonaron hasta que la tierra adormecida parecía vibrar y estremecerse.

Luego se oyó el estruendo de los tambores y el coro chillón de los gallos de pelea, el ladrido de los perros y el mugir del ganado en los suburbios. En menos de veinte minutos se vaciaron todas las casas de San José, y sus habitantes, con ponchos, mantillas, chales, capas de cuello de terciopelo y en



Por encima de las cabezas de la muchedumbre en el centro de la plaza, había cuatro filas de relucientes aceros y veinte pies más hacia arriba colgaba de la horca la efigie de Judas Iscariote.

mangas de camisa, acudieron presurosos a la plaza. Allí, al alzarse las nubes y asomar las montañas, al tocar el sol la cumbre de Irazú, hubo un espectáculo sorprendente.

La plaza estaba atestada de gente, así como la espaciosa explanada y las gradas de la Catedral. En los balcones y ventanas de las casas que daban a la plaza y en los de la que hacia ella convergían, se apiñaban los espectadores. Todos estaban excitados, todos se ponían de puntillas, todos estaban impacientes, inquietos y nerviosos. Había algo en el aire.

Por encima de las cabezas de la muchedumbre, en el centro de la plaza, había cuatro filas de relumbrantes aceros. Las tropas formaban un cuadro y dentro de él, veinte pies más arriba de las bayonetas erectas, se erguía la horca monstruosa. Sujetos unos a otros por correas de cuero crudo o pedazos de cuerda vieja, los maderos de aquella horca eran lo bastante horribles para amedrentar al más intrépido malhechor. De la cruceta de palo colgaba un lío de ropas asquerosas: había un gorro de dormir colorado, una camiseta de franela amarilla a rayas negras y con las mangas puestas en cruz, unos calzones rotos y unas botas mohosas, arrugadas y con tacones lastimosamente gastados. El gorro, las botas, la camiseta, todo estaba relleno de buscapiés, carretillas y triquitraques, y dentro de los calzones había una bomba del más duro cartón, repleta de combustibles. Aquella era la efigie de Judas Iscariote. El simulacro del traidor estaba allí colgado al despuntar la aurora: la luz tenue y suave del alba del día de Pascua Florida se posaba sobre el gorro de dormir, a la vez que la figura giraba lentamente, dando a veces una media vuelta sobre sí misma cuando contra ella chocaba un soplo de viento de las montañas, desviándola ignominiosamente. Tocó la corneta y un cabo descalzo salió de la fila. Erecto, impávido, con fría solemnidad se acercó a la horca llevando en la mano una larga caña en cuya punta había un poco de estopa encendida. Al acercarse a la horca cesó la algazara de la muchedumbre. Reinó una profunda calma. Los mismos muchachos, los gamines de San José, ebrios de broma y travesura, se agruparon, conteniendo un momento el resuello. Paso a paso, midiendo con gravedad el camino, el cabo avanzaba todavía, hasta que de pronto hizo alto debajo de la cruceta de palo. Levantó la caña, tocando con ella el tacón izquierdo del malvado que estaba arriba. En un abrir y cerrar de ojos hubo una explosión espantosa. La bota voló hecha tiras, brotaron llamas del estómago, la bomba estalló convirtiendo los calzones pardos en una lluvia de harapos chamuscados, de las costillas partían cohetes zumbando, los brazos en cruz fueron arrebatados por una racha de azufre, el gorro colorado salió disparado al cielo, perdiéndose de vista, y algunos segundos después cayó hecho pavesas sobre la muestra del restaurante que está contiguo al cuartel: todo esto en menos de dos minutos y en medio del redoble de los tambores, de los alaridos agudísimos de los muchachos, del canto de los gallos, de los ladridos de los perros, de las risitas entre dientes de las modestas señoritas y señoras, de la cháchara de los loros, de una granizada de piedras y de la gritería, maldiciones y regocijo estrepitoso de militares y paisanos, clérigos, indigentes y patricios.

Cuando se hubo disipado el humo, no quedó más que el esqueleto del bribón que había reventado, y como era de hierro siguió meciéndose en la extremidad de la sogá hasta que derribaron la horca. Media hora después, la plaza recobró su decoro, soledad y silencio.

Al salir de la casa de Obispo, al otro día de nuestra llegada a San José, preguntamos a uno de los dos operarios que estaban enluciendo la pared, cuál era el camino para ir al edificio en que están situadas la sala de sesiones del Congreso y las oficinas de los ministerios de Estado. Después de limpiar la trulla en el mandil, nos dió las señas blandiendo airosamente la herramienta.

—Pero ustedes no van a ir allí, nos dijo—. Está muy lejos, a una inmensa distancia.

Algo sorprendidos al oír esto, pero de ninguna manera desanimados, resolvimos intentarlo. El experimento nos convenció de que la Casa del Gobierno estaba a un poco más de tres cuabras, es decir, a dos minutos a pie de la casa episcopal. Sin embargo, juzgando conforme a su manera de estimar las distancias, el albañil desalentador no exageró. Tres cuabras eran en verdad, a su juicio, una enorme extensión para intentar recorrerla a pie; y si sobre el asunto se pidiese el parecer de los vecinos de San José, una inmensa mayoría estaría de seguro con el albañil.

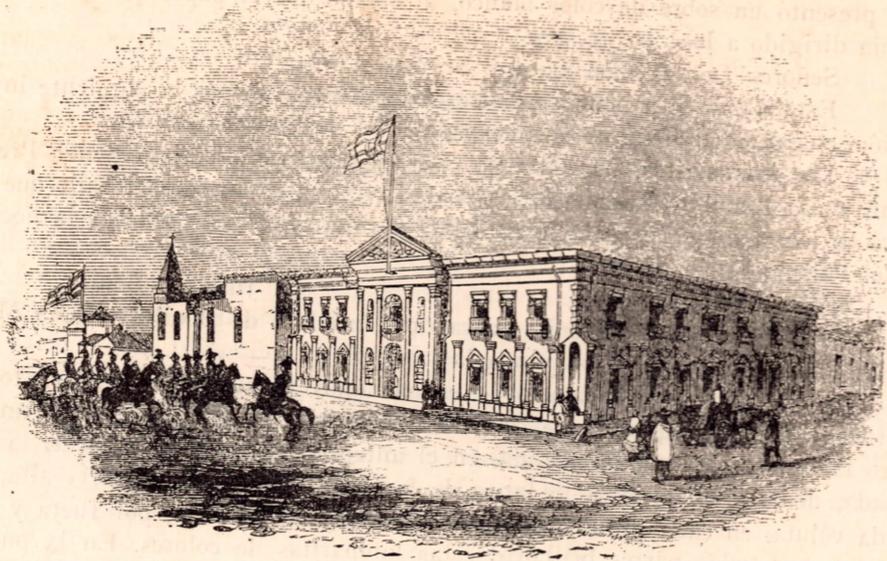
En San José las gentes no hacen ejercicio. Pensativas e indiferentes, profundamente quietas, se quedan todo el día metidas en sus casas. El crepúsculo vespertino no consigue sacarlas a la calle. La luna ejerce influencia en el mar; pero cuando este astro alumbra, San José duerme insensible a su sortilegio. No tiene más poder el sol. Sus rayos hacen brillar durante largo rato los verdes cañaverales de las faldas de San Miguel antes de que se abran las puertas.

—Las gentes de San José son bastante perezosas, me atreví a decir una mañana a un joven costarricense inteligente, al pasar por las calles solitarias del Campo de Marte, hermosa planicie situada fuera de la ciudad.

—No, señor, usted perdone, no son perezosas—me respondió—pero no teniendo nada muy especial que hacer a estas horas, se quedan en la cama.

Y así es. Siempre que tienen la menor necesidad de manifestarse activas, las gentes de San José no son perezosas. La suma quietud de su pequeña ciudad es lo que produce la impresión contraria.

Entrando por la ancha puerta de arco del Palacio del Gobierno, del que el lector puede ver aquí un dibujo fiel tomado de una fotografía hecha por Mr. T. C. Rhodes, un americano que reside en San José, se llega a un espacioso vestíbulo; algunos pasos más allá hay un patio cuadrangular con piso de ladrillos colorados. Una galería de diez pies de ancho que descansa sobre una serie de columnas y arcos, con una bonita balaustrada de hierro bronceado, corre a quince pies de altura sobre el piso de ladrillos por tres lados. La pared que está en frente del vestíbulo es lisa. El techo del edificio sale unos doce pies fuera de las paredes que encierran el patio y a su vez descansa sobre otra serie de columnas y arcos, del todo semejantes a los que soportan la galería. De modo que hay dos hileras de arcadas pintorescas sobre el patio. Paredes, columnas, arcos, todo está pintado de blanco y el piso de ladrillos colorados lo mantienen muy limpio. Por fuera el edificio imita el granito azul y, aunque delineado por un alemán, presenta un alegre aspecto italiano que armoniza con el cielo sereno y brillante que sirve de dosel al valle de San José. En todo el conjunto domina un tono de sencillez y de modestia digna. Una pila en el centro del patio, que con su rocío perpetuo atenuase la atmósfera cálida que encierran las paredes, no dejaría nada que desear. Si se colocase esta



El Palacio Nacional de San José

pila, el Palacio del Gobierno costarricense sería completo desde el punto de vista arquitectónico.

La puerta de vidriera del despacho del ministro de Gobernación da sobre la galería alta, lo mismo que la del Ministro de Justicia y del Ministro de Relaciones Exteriores. Sobre la galería baja o corredor se abren las oficinas de la Intendencia, tribunal ante el que deben comparecer todos los que cono- cidamente infringen las leyes fiscales. También está la secretaría del Congreso en esta parte del edificio. Yendo desde el despacho del ministro de Justicia por la galería que tiene una balaustrada bronceada, llegamos a una de las dos pequeñas galerías que se alzan sobre el piso de la sala del Congreso.

Esta sala es soberbia y de imponentes proporciones. Tiene ochenta pies de largo, treinta de ancho y cuarenta de alto. Las paredes son blancas como la leche. Ligeramente cóncavo, el techo está dividido en artesones por gruesas molduras doradas. Estos artesones son hondos y tienen adornos dorados de afiligranada labor. En las grandes ventanas de una altura de dieci- seis pies que dan al patio, hay cortinajes de damasco de seda carmesí, y entre éstos, valiosos espejos con festones de seda azules, rojos y blancos, colores de la República. El sillón del Presidente está sólidamente dorado y tiene coji- nes de terciopelo carmesí. Encima hay un dosel de raso, también carmesí, y un poco más arriba aparece el escudo de armas de Costa Rica bordado con hilo de oro y plata en terciopelo color de púrpura. Con las patas hundidas en una lujosa alfombra, las sillas de los miembros del Congreso de Costa Rica están alineadas contra la pared, a la derecha y a la izquierda del dosel y del trono, y los cristales empañados de las puertas y ventanas amortiguan el brillo del cielo raso dorado, de las paredes blancas, de los cortinajes carmesíes y los esplendores de la pintura y del dorado en la sala contenidos. Poco des- pués de nuestra llegada a la capital, esta sala fue el teatro de una gran fiesta.

Al regresar una noche tarde al hotel, nuestro criado holandés Carlo-

magno, con una sonrisa realzada y diluída por la grasa que le llena la cara, nos presentó un sobre de color blanco, lo mismo que el papel que encerraba. Venía dirigido a los

Señores Don Ramón Páez y Sr. Mars.

Estaba escrito a mano. Abierto el sobre encontramos la siguiente invitación elegantemente impresa en español.

Los infrascritos, por encargo expreso del Excelentísimo Señor Presidente de la República, tienen el gusto de invitar a usted para el baile que se dará en honor del señor don Félix Belly, el miércoles, a las ocho de la noche, en el Palacio Nacional.

Vicente Herrera.

Juan B. Bonilla.

P. S.—Las señoras doña Salvadora Gutiérrez de Bonilla y doña Mercedes Ramírez de Hine recibirán a las señoras.

Al acercarnos al palacio lo encontramos todo iluminado; por todas partes brillaban lamparitas de colores. En las hornacinas que están a uno y otro lado de la puerta de entrada, en el antepecho de las ventanas de la fachada, dentro del patio, a lo largo de la balaustrada de la galería alta, en cada voluta, en cada plinto, hasta en el ático; arriba, abajo, por fuera y por dentro, por todas partes brillaban estas lamparitas de colores. En la puerta de entrada había centinelas y también en la escalinata que conduce el salón. En honor del señor don Félix Belly, la guardia estaba compuesta exclusivamente de sargentos. Llevaban uniforme de gala: levitín azul oscuro, charreteras rojas de estambre, una gorra con franja amarilla, pantalones y un correa de cruz color de alcarraza. El corte y el color de los pantalones los habían determinado, en cada caso, la fantasía, la desidia o los medios del



Aspecto del baile que el Presidente Mora dió en honor de don Félix Belly en el Palacio Nacional.

portador. Dentro del edificio había un brillante gentío; allí estaban todas las personas de viso en San José y también los extranjeros distinguidos.

El Presidente Mora, un caballero regordete, moreno y de semblante suave, que tenía un chaleco bordado color de canario, y los cabellos peinados hacia atrás, estuvo toda la noche sentado en la silla dorada, bajo el dosel de damasco de seda carmesí. Su Excelencia era, de pies a cabeza, una sola sonrisa agradablemente forjada. Una de las galerías la ocupaba la banda militar y en la otra, con una capa de uniforme echada sobre los hombros y el ancho cuello de la camisa abierto al desgaire, estaba el general Máximo Jerez, de Nicaragua, cuya cara trigueña y veteada se enrojecía a la luz de las arañas, en tanto que sus fieros ojos negros despedían rayos al contemplar desde arriba el espectáculo susurrante. A su lado se encontraba el general Joaquín Mora. Su cara tranquila y pálida, sus ojos fríos y penetrantes y su porte grave contrastaban fuertemente con la índole ardiente y generosa que revelaban las facciones del soldado nicaragüense. Cerca de la puerta del salón de baile, cabizbajo y con las manos juntas por delante, como si las tuviese metidas en un manguito, estaba el señor Calvo, el ministro de la Gobernación. El señor Calvo es un caballero anciano con las piernas muy cortas. Una cara de un moreno amarillento, una boca muy aplastada y una nariz muy chata le dan el aspecto de un sacerdote japonés. Es un indio impassible del pueblo de Quircot y como ministro de la gobernación resulta singularmente útil. Sin remordimientos se le achacan todos los errores del Gobierno. Resignado y capaz de llevar la carga hasta el final de su vida, ningún presidente ha pensado nunca en removerlo. Este es el vigésimoquinto año que actúa como macho de carga y ministro de la Gobernación. Los que lo emplean desean devotamente que él y ellos vivan mil años. Deslizándose por entre las parejas de los danzantes, con una palabra amable para todos, una sonrisa en los ojos chicos y comprimidos y desplegando las mil pequeñas habilidades que lo hacen universalmente popular, circulaba el señor Toledo, el ministro de Relaciones Exteriores, el mejor educado de los miembros del gabinete, un médico experto y un político perspicaz. El general Cañas también estaba presente, lo mismo que el general Castro, un ex-presidente de la República, el más genial, generoso y cumplido caballero de Costa Rica. Allí estaba igualmente el coronel George Cauty, alegre, ancho de espaldas, con su aspecto de marino, sus ojos hundidos y astutos, su nariz muy puntiaguda, ligero de pies, revoloteando por todos lados, metido en un levitín azul cortísimo, adornado con enormes charreteras y una faja tricolor, valsando y cuadrillando con agilidad incansable. Y por último, allí estaba la cara muy rasurada, la figura afectada y las piernas de antejo de larga vista, que parecían patas de araña, de M. Félix Belly en persona, llevando a su lado al Zuavo con sus prodigiosos pantalones rojos, presumido y respetado como si estuviese de pie sobre la columna de la plaza Vendôme con todas las glorias de bronce de este monumento irradiando de su persona. Este Zuavo se había alquilado al Gobierno de Costa Rica por cuatro años al estallar la guerra contra los filibusteros y peleó durante toda ella. Era muy feo, muy grandioso, muy tieso y muy pomposo. Estaba a la sazón encargado de servir de intérprete, escudero y gentil hombre de pantalones colorados a Mr. Félix Belly y parecía ufano de su oficio.

A la derecha de la catedral está el cuartel de infantería. Es un largo edificio blanco de dos pisos, que tiene un pesado balcón sobre la plaza y un

techo de tejas coloradas que sale tres o cuatro pies fuera de la pared de la fachada. El balcón está cortado por una gran portada toscamente arqueada, por fuera de la cual se pasea lentamente noche y día un centinela desgredado y balanceando el fusil al desgaire. En el balcón araganean también unos centinelas, y en el centro del patio del cuartel, bajo un tinglado de hierro, hay un cañoncito negro de campaña que con sus ruedas verdes hundidas en el ripio mantiene gravemente la paz. En el interior del edificio hay dormitorios, almacenes, hileras de clavijas de madera que sostienen sombreros y cinturones, armeros para los fusiles, camillas, sartenes, baldes de madera con aros de hierro y los demás muebles que comunmente se encuentran en los cuarteles del mundo entero; pero todo tiene un aspecto muy desteñado, muy empolvado, muy primitivo y muy barato. La carcoma ha trabajado mucho en la obra de madera, dándole un aspecto de incurable decadencia. A no ser por la Sala de Banderas, el cuartel de Infantería de San José carecería de interés. En esta habitación están depositados varios trofeos y reliquias de la guerra filibustera. Una caja grande de vidrio, hermosamente dorada y puesta en alto a unos pocos pies del entarimado, contiene los restos rotos y chamuscados de la bandera que ondeó en el fuerte del Castillo durante el tiempo que estuvo en poder de los costarricenses. En uno de los costados de la caja, y en letras de oro, está la siguiente inscripción:

El 15 de julio de 1857 la bandera nacional que ondeó sobre los muros del fuerte del Castillo durante el sitio, junto con los nombres de los jefes que lo defendieron tan brillantemente, se depositaron en esta urna por orden del Excelentísimo Señor Presidente de la República don Juan Rafael Mora. Gloria eterna a los héroes que defendieron el Castillo de San Juan.

En el costado opuesto se lee esta otra inscripción:

El 15 de febrero de 1857 cuatrocientos filibusteros al mando del llamado Coronel Titus atacaron el Castillo de San Carlos, que estaba en ruinas y con una guarnición de sólo treinta y siete hombres; pero animados por el valiente Coronel don Jorge Cauty y el digno Comandante del fuerte, Teniente Coronel don Faustino Montes de Oca, la pequeña guarnición opuso heroica resistencia al enemigo hasta el 19 del mismo mes, día en que setenta y siete rifleros al mando del Capitán Jesús Alvarado y don Joaquín Ortiz, que habían sido enviados a socorrer el fuerte por el General en Jefe don José Joaquín Mora, cayeron sobre los filibusteros con tanta bravura que los dispersaron en un instante, obligándolos a despojarse de sus ropas para poder huir con más comodidad. Este brillante hecho de armas, tan admirablemente planeado por el General decidió el feliz término de la Guerra Santa que sostenían las Repúblicas de la América Central contra sus invasores.

El cuartel de Artillería está en la Calle de la Artillería, dos cuadras más allá de la Casa de Gobierno. Forma un patio cuadrado en el que tal vez podrían ejercitarse cómodamente doscientos hombres. Cuatro torres cuadradas, una en cada ángulo, defienden el edificio armadas de cañones de nueve libras, y las paredes tienen aspilleras para fusiles. Bajo un tinglado sórdido que ocupa uno de los costados del cuartel, juntos y apenas cubiertos con esteras, hay dos cañones de a dieciocho libras, dos de a nueve y dos de a seis. Los de dieciocho fueron fundidos en Inglaterra, vinieron embarcados por el Cabo de Hornos y los arrastró desde Punta Arenas un rebaño de bueyes. La mañana que visitamos este cuartel, al mostrarnos la sala de oficiales encontra-